

CEMENTERIO VOLANTE

Kelltom McIntire

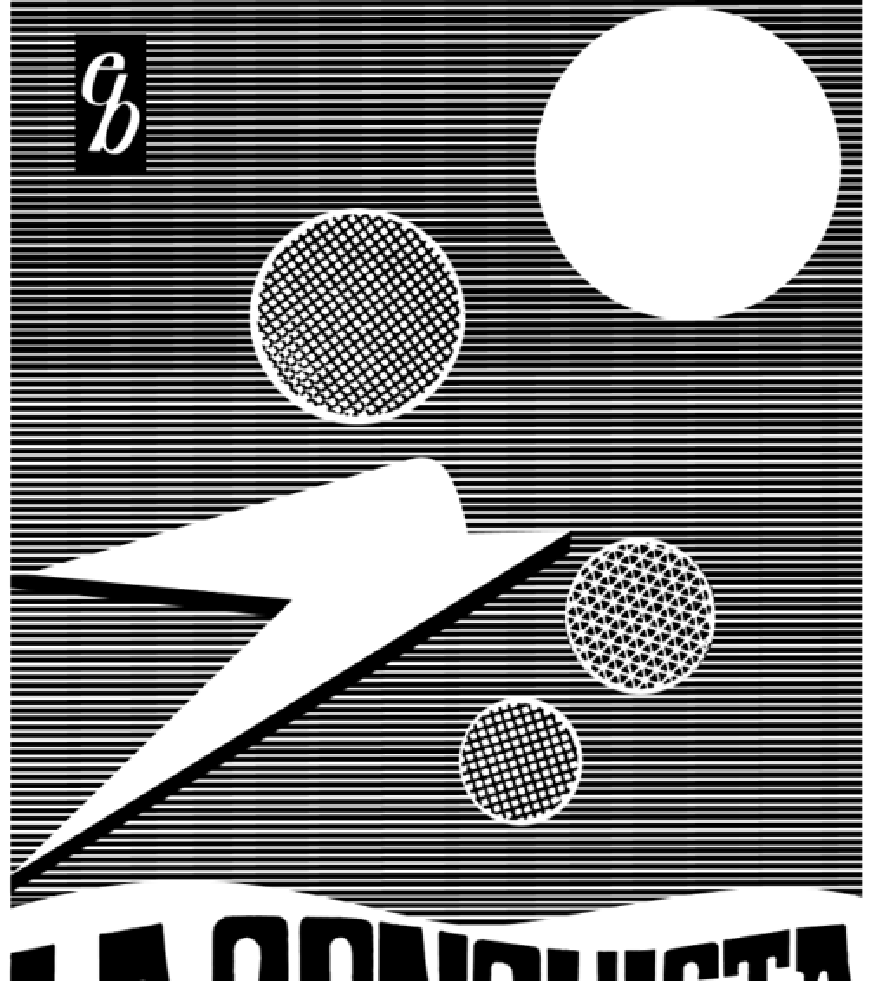
CIENCIA FICCION



CEMENTERIO VOLANTE

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

EN ESTA COLECCIÓN

370 — *Satán en el espacio,* Marcus Sidéreo

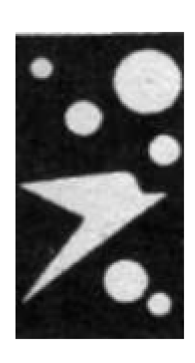
371— *Zona Misericordia,* Ray Lester

1. —*Secuestro de una ciudad espacial,* Clark Carrados
2. — *Un minuto en la cuarta dimensión,* Ralph Barby
3. — *Base secreta,* A Thorkent

KELLTOM McINTIRE

CEMENTERIO VOLANTE

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO n° 375 Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 29.950 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: octubre, 1977

© Kelltom Mclntlre - 1977

Texto

© Alberto Pujolar - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la Imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Valles(N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

Terry Hayes se lanzó sobre mí, como una pantera.

Su acometida fue tan furiosa, que salí despedido de mi asiento y rodé violentamente sobre el piso de la cabina.

— ¡Estás loca! —grité, furioso, cuando conseguí incorporarme sobre las palmas de mis manos.

Terry me contemplaba con una expresión demencial.

—Debo matarte, John Watford —murmuró, rabiosa— Es por el bien de la Humanidad, ¿no lo comprendes?

Me puse en pie, de un salto.

Terry era flexible, ligera y atlética... como una pantera.

Tenía una herramienta de acero al cromo-titanio en su mano derecha, y parecía dispuesta a destrozar mi cráneo con ella.

Terry me odiaba.

Ella era negra, yo era blanco.

Ella había nacido pobre y mísera, en lo más podrido del Harlem neoyorquino. Yo, por el contrario, había venido al mundo en Boston, en el seno de una riquísima y poderosa familia de banqueros, cuyas riquezas habían venido incrementándose constantemente a lo largo de ocho generaciones.

Yo creía en Dios. Terry sólo creía en sí misma.

Todo nos separaba, nada nos unía. O quizá sí, una sola palabra: EL ODIO.

Yo odiaba a la doctora Hayes tanto como ella me detestaba a mí. Pero mi odio no llegaba tan lejos como el suyo. Yo no deseaba matarla: me hubiera sentido muy feliz con que Terry desapareciera de mí vista para el resto de mis días.

—Te mataré —bramó, brillantes los negros ojos.

Saltó sobre mí tan fulminantemente que sólo pude retroceder un paso para evitar su salvaje acometida.

La herramienta que empuñaba rozó levemente mi sien izquierda y se abatió, potente, contra el panel de instrumentos de control de la astronave *Adventure,* a bordo de la cual nos encontrábamos.

Surgió un chisporroteo azul, y las llamas prendieron rápidamente en los circuitos.

De un empellón, rechacé a Terry, que exhaló un gritito al caer al suelo y chocar contra el revestimiento del muro.

— ¡Maldita! —gruñí, sibilante—. Conseguirás la destrucción de la astronave.

Tomé un extintor, y atajé el fuego.

Los daños provocados por Terry eran importantes, por desgracia.

Me giré y la miré con desprecia infinito.

—Eres una histérica —acusé—. Una pobre mujer frustrada, que guarda en su corazón todo el veneno de una generación de víboras

— ¡Tú eres un blanco castrado y vacío, un muñeco de cabellos rubios, bellas facciones decadentes y uniforme impecable! ¡Bah, puro alarde de una raza degenerante y caduca! —gritó ella ardientemente.

La ira se desató en mi pecho.

— ¡Negra asquerosa y maloliente, descendiente de una casta inferior…! —mascullé.

Un momento después, intercambiadas algunas otras frases del mismo calibre, nos acometíamos ferozmente.

Yo superaba a Terry en algo más de treinta kilos de peso. Sabía utilizar contundentemente mis puños para destrozar a cualquier contrario.

Pero Terry...

¡Terry conocía todos los trucos de las peleas callejeras de su barrio, y dominaba la lucha en todas sus versiones...!

Parecía un fleje de duro, templado y vibrante acero, y era tan escurridiza como una anguila.

Acababa de evitar mi acometida y se retiró, veloz, de un salto, para volver inopinadamente a la gresca.

Puso las manos en el suelo como si fuese a hacer el "pino", pero lo que hizo, en realidad, fue sacudirme una salvaje doble patada en pleno rostro.

Durante unos minutos, seguimos enzarzados en aquella primitiva pelea, sin reglas de ninguna clase.

Yo sangraba abundantemente por boca y nariz, y la sangre empapaba mi pecho.

Terry tenía un ojo hinchado, una oreja sangrante y un pómulo reventado.

Era una auténtica fiera.

Golpeaba, arañaba, mordía,.., cualquier medio era bueno para destrozarme.

De repente, clavó sus uñas en mis ojos.

No tuve más remedio que alzar desesperadamente mi puño derecho. A ciegas, hice blanco: es decir, mi puño golpeó contra su bella barbilla, y Terry cayó redonda al suelo.

Había estado a punto de dejarme ciego, de saltarme los ojos

La miré, y sentí deseos de patearla, pero me contuve, con un gran esfuerzo de voluntad.

La tomé en mis brazos y la alcé del suelo.

Por un momento, experimenté una cálida sensación, al apretar

aquel cuerpo entre mis brazos, pero recordé que la mujer que transportaba era tan peligrosa como una serpiente, y aquella dulce sensación desapareció.

La llevé a su cabina, y la dejé en su lecho.

Salí y cerré la puerta por fuera.

Jadeaba cuando volví a la cabina de navegación.

Un momento después, comprobaba lo que ya me había temido: la trayectoria de la astronave *Adventure* se había alterado en algo más de dos grados.

Mi sangre, excesivamente caliente como consecuencia de la reciente gresca con la doctora Terry Hayes, fue enfriándose lentamente.

Y entonces pude dedicarme afanosamente a lo que más me interesaba: reparar los desperfectos ocasionados por la irascible Terry.

Durante más de cuatro horas, trabajé sin tomarme descanso. Soldé contactos, coloqué nuevas piezas electrónicas, realicé las comprobaciones rutinarias de los circuitos electrónicos y coloqué un nuevo panel de plástico.

Cuando terminé, me sentía fatigado.

Durante aquellas cuatro o cinco horas, habíamos estado navegando automáticamente. Y cuando pulsé un botón para comprobar el ángulo de derrota, me sentí alarmado: la astronave se desviaba ya más de seis grados.

Puse en marcha los retrocohetes de estribor para tratar de volver a la correcta trayectoria, pero la *Adventure* no respondió a la maniobra, y continuó su itinerario.

Insistí una y otra vez, porque, según la carta espacial, nos encontrábamos cerca del área de influencia del planeta Yon-Itarx, una zona de gran peligro para las astronaves que utilizaban aquella ruta.

Yon-Itarx era un planeta colosal, el mayor de la constelación.

Su masa era superior 1.200 veces al planeta solar Júpiter *(1)*, pero su densidad era aún dos veces superior a la de la Tierra.

El peligro residía en su poderosa fuerza gravitatoria. Como la

gravedad es directamente proporcional a la masa de los cuerpos, el inmenso Yon-Itarx poseía una fuerza de atracción colosal.

Esa era la razón de que el enorme planeta permaneciera inexplorado hasta la fecha.

Los pilotos de las astronaves terrestres evitaban aproximarse en sus rutas al área de atracción de Yon-Itarx.

Y tenían poderosas razones para tomar tal precaución: los osados que habían pasado próximos al planeta, se habían visto precipitados a velocidad indescriptible contra la superficie de Yon-Itarx, y de ellos jamás se había vuelto a tener noticias.

Desesperadamente, pues, utilicé los retrocohetes para moderar la marcha y alterar la derrota, pero la poderosa *Adventure* no obedeció absolutamente a mis maniobras, "chupada" materialmente por la masa de Yon-Itarx.

Comencé a sudar copiosamente.

No volví a insistir, puesto que parecía imposible alterar la trayectoria de la astronave. Por otra parte, poner en marcha los retrocohetes de nuevo supondría un gasto inútil de combustible.

Me derrumbé sobre el panel de instrumentos.

¿Qué importaba el combustible, ya?

Si no ocurría un milagro, la *Adventure* se desintegraría, antes de alcanzar la superficie del monstruoso Yon-Itarx.

Abrí la escotilla estanca.

Terry se arrojó sobre mí, bramando como un animal salvaje.

(1) El mayor planeta del sistema solar, con una masa 317 veces mayor que la Tierra.

CAPÍTULO II

Sin embargo, no siempre había sido así. Quiero decir que hubo una época en que la bella doctora Hayes y yo nos llevábamos muy bien.

Pero entonces estábamos en Tildrich *(1),* el lujuriante y verde planeta al borde de la Vía Láctea.

Terry Hayes había llegado a Tildrich para luchar contra la epidemia de peste que asolaba a los habitantes de la Base-Uno.

Parece absurdo pensar en que una epidemia peligrosa pudiera tener lugar en una civilización tan avanzada como la nuestra, pero en Tildrich la temperatura superaba los cincuenta grados centígrados a la sombra, y la humedad del ambiente era constante, lo que favorecía extraordinariamente la expansión y multiplicación de los virus peligrosos.

Ello, unido a que los naturales del planeta no habían conseguido desarraigarse por completo de sus costumbres salvajes y sus prácticas carentes de asepsia, habían dado como resultado la temible epidemia de peste, que la doctora Hayes trataba de atajar.

En cuanto a mí, llegué a Tildrich pilotando la astronave *Adventure,* con un cargamento de material sanitario para el hospital de la Base-Uno.

En seguida me sentí ganado por el ambiente erótico y electrizante de Tildrich.

Entre los cosmonautas de la Base Hogany, en Texas, circulaban multitud de leyendas, a base de la capacidad amatoria de los hombres y mujeres del planeta.

Ya *in situ,* comprendí que no eran simples historias. La altísima temperatura, la humedad, la vegetación espesa, exuberante, sensibilizaban los sentidos hasta niveles desconocidos.

Por supuesto, mi educación y mi rango no me permitían relacionarme con las sucias y malolientes mujeres indígenas.

Pero una noche, bajo la luz lechosa de la urbi-lámpara de colosales proporciones que iluminaba, en lo alto, la Base-Uno, conocí a Terry Hayes.

Caminaba, con un grácil contoneo de caderas, junto al coronel Williams, y precisamente venían en mi dirección.

Era preciosa.

Alta, esbelta, con una silueta dotada de las curvas precisas, unos cabellos extrañamente lisos —puesto que era de raza negra—, un rostro fino, exótico y unas piernas de aterciopelado ébano, Terry me atrajo inmediatamente.

(1) Escenario de la narración del mismo autor, titulada ***Tildrich,*** *Base* ***Uno,*** *núm. 269 de la colección La Conquista del Espacio.*

Tengo que hacer la salvedad de que yo no me había relacionado jamás en la Tierra con individuos de color, de uno u otro sexo.

No sentía por ellos la fobia característica de los americanos de raza blanca pura.

Sin embargo, como se decía entre mis familiares:

—Las personas de color tienen tantos derechos como los blancos, pero nadie podrá obligarnos a mezclarnos con ellos.

Ahora comprendo que toda la familia Watford se había visto siempre dominada por un enmascarado sentido de la discriminación racial.

Pero cuando yo llegué a Tildrich, las enseñanzas que había recibido en el seno de mi familia, y desde la infancia, constituían para mí poco menos que artículo de fe.

Decía que, desde el primer momento, me sentí atraído por Terry Hayes.

El coronel Williams y ella se detuvieron a mi altura. —Ah, Watford. ¿Conoce a la doctora Hayes? —exclamó el coronel, cordial —. Terry Hayes, el capitán John Watford. ¿Sabe que la doctora Hayes es nuestra heroína local? Ella sola, trabajando día y noche, está ganándole la partida a la epidemia de peste.

Por primera vez en mi vida, estreché la mano de una persona de color, la de Terry Hayes, en este caso.

Y puedo jurar que su contacto no constituyó ninguna experiencia repugnante. Por el contrario, una especie de corriente eléctrica pareció fluir desde su piel a la mía.

—No haga mucho caso al coronel Williams, capitán —sonrió ella, halagada—. Me tiene mucho afecto, y siempre exagera mis virtudes.

— ¿Adónde iba, John? —preguntó el coronel, mientras encendíamos cigarrillos.

—Pensaba dar un paseo por los alrededores para conocer la Base-Uno —respondí.

—Venga con nosotros —invitó—. Tomaremos una copa en mi casa, y charlaremos de nuestros amigos de la Tierra.

Acepté, encantado… porque Terry Hayes me atraía como un imán.

Caminamos lentamente a lo largo de la avenida principal de la Base-Uno, y penetramos en la residencia del coronel Williams, que era el gobernador.

La gran casa estaba rodeada por jardines bellísimos, estanques y lagos artificiales.

El aire estaba impregnado del perfume de las flores, un aroma denso, que llegaba a embriagar los sentidos.

Williams nos dejó instalados en cómodos sillones, en la gran terraza elevada, situada junto a un lago, y entró en su elegante residencia para ordenar que nos fuesen servidas unas bebidas refrescantes.

Fue una velada muy interesante.

El coronel Williams era un hombre de una conversación fluida y amena, que relató para Terry y para mí un sinfín de originales y exóticas anécdotas, relativas a su estancia en el planeta Tildrich.

En cuanto a la doctora Hayes..., me tenía fascinado.

No sólo era bella y subyugante. Era, también, una mujer cultísima, amable y de una simpatía arrolladora,

En la terraza, la temperatura —entre veinticinco y treinta grados, por la noche— era muy agradable.

En el firmamento brillaba todavía el resplandor rosado de la primera luna de Tildrich. Debo hacer constar aquí que en aquel distante planeta nunca es totalmente de noche: Tildrich tiene cuatro lunas, que se turnan desde la puesta a la salida del sol en la tarea de iluminar la exuberante superficie del planeta, con su luz pálida y rosada.

Terry y yo nos enfrascamos en la conversación. Cuando nos dimos cuenta, el coronel Williams roncaba suavemente sobre su sillón... ¡se había dormido como un bebé!

—Es tarde —dijo la doctora Hayes, tras echar una rápida ojeada al pequeño reloj-joya que colgaba de su cuello—. Debo marcharme. Mañana me espera otra prolongada jornada de trabajo, en el hospital.

Ya se alzaba de su sillón, cuando exclamé:

— ¡Espere! ¿Qué hacemos con el coronel?

Terry dejó escapar una cantarina carcajada.

—No se preocupe por eso —respondió—. El coronel acostumbra a quedarse dormido ahí cada noche. Luego vendrá su ayudante y le despertará.

No me atrevía a hacer aquella pregunta, pero al fin la hice:

— ¿No le importaría que la acompañase a casa, doctora Hayes?

Ella sonrió, picara:

— ¡Qué derroche de etiqueta! —se burló—. *"¿Me acerca los cubitos de hielo, capitán Watford?" "Con sumo placer, doctora Hayes",* etcétera —remedó graciosamente nuestras frases—. Le permito, encantada, que me acompañe, a condición de que nos tuteemos y dejemos a un lado los rígidos cumplimientos.

—Con sumo plac... Quiero decir, de acuerdo, Terry —respondí.

Abandonamos la residencia del coronel Williams, y nos dirigimos al pabellón que ocupaba la doctora Hayes, próximo al hospital.

Ella caminaba airosamente unos pasos delante de mí, y yo sentía que el deseo se despertaba y progresaba a velocidad fulgurante.

Ante la escalera de su pabellón, Terry me ofreció, con sencillez:

— ¿Una última copa, John?

Era lo único que faltaba para qué mis instintos alcanzasen una excitación insoportable, pero acepté. Entramos.

Terry se puso a servir unos combinados, y me pidió que echase cubitos de hielo en los dos vasos.

Estábamos muy cerca, nuestros cuerpos, ardientes, ambos, se rozaban.

El fino vestido que ella lucia llevaba un pronunciado escote en forma de "V", que mostraba sus senos redondos y henchidos.

Terry agitó el contenido de los vasos con una cucharilla, y me ofreció uno.

—Por nosotros, John —pronunció, sonriente.

Sus labios, entreabiertos, mostraban dos hileras de dientes blanquísimos, perfectos.

Sin poderme contener, la besé.

Terry se estremeció de placer, entre mis brazos.

—Eres fuerte, atlético, irresistible —murmuró, cuando consiguió soltarse y separarse de mí.

—Y tú, una fruta exótica, perfumada, en perfecta sazón —respondí, apasionadamente.

Volvimos a besarnos.

Tanto su piel como la mía vibraban.

La atracción era mutua, irresistible.

Finalmente, Terry se abandonó en mis brazos, y nos amamos locamente sobre una alfombra.

Era maravillosa, tierna y tímida como una niña, y ardiente y jugosa como una mujer en sazón.

Se adormeció rápidamente bajo mis caricias.

Mucho más tarde, yo la cubrí con su vestido y abandoné el pabellón.

Fue una noche de amor plena, fascinante y absolutamente satisfactoria.

Sin embargo, no volví a verla hasta una semana más tarde.

Fue ella la que vino hacia mí, y me observó con extrañeza.

— ¿Qué te ocurre, John? —preguntó en un susurro—. Se diría que me rehúyes.

—He estado muy ocupado —respondí, vagamente.

Terry me tomó una mano. Parecía presa de la ansiedad y el temor.

—John, he descubierto que te amo —confesó con absoluta sinceridad—. ¿Puedes decirme si a ti te ocurre otro tanto?

Me dolía ser crudo y tajante con ella, pero era preferible poner las cartas sobre la mesa, cuanto antes.

—No te amo —respondí, sin mirarla.

Luego la miré de reojo, y advertí que dos lágrimas resbalaban por sus tostadas mejillas.

— ¿Es posible que lo ocurrido la otra noche no tenga ninguna

importancia para ti? —murmuró.

Me puse rígido.

—Terry, debes saber que ninguna persona de mi familia ha tenido jamás relación con un individuo de color. Y yo no puedo ser la excepción —declaré—. En cuanto a lo de la otra noche, creo que fue tan satisfactorio para el uno como para el otro. Eso es todo.

Me sorprendió su ardiente reacción.

Terry dejó escapar un grito de desesperación y me abofeteó violentamente.

Al fin, pude sujetar sus brazos y le escupí:

—Vete. No volveré a verte.

Al oírme, quedó como paralizada, hierática.

—Eres un… miserable —exclamó.

Dio media vuelta y se marchó.

* * *

No volví a verla hasta cuarenta días después.

La astronave *Adventure* se disponía a emprender el regreso a la Tierra.

El cargamento no era de lo más agradable: los cadáveres embalsamados de ochenta compatriotas, muertos a consecuencia de la peste.

Los cadáveres habían sido encerrados en sarcófagos metálicos, con todas las precauciones deseables.

Aquellos recipientes herméticos habían sido almacenados ya en las cámaras, frigoríficas de la nave, y su último destino consistía en recibir sepultura en la Tierra.

Podría decirse, sin faltar mucho a la verdad, que la *Adventure* se

había convertido en un cementerio volante.

Como Ta carga era mínima, la tripulación sería también muy reducida: un copiloto, un ingeniero de comunicaciones, un ingeniero mecánico y un experto en cartografía espacial y en meteorología.

Ya nos encontrábamos los cinco tripulantes en la pista de despegue, cuando llegó un vehículo eléctrico.

De él descendieron el coronel Williams y la doctora Hayes.

Advertí la seriedad del coronel, que contrastaba con su cordialidad habitual, y comprendí que Williams estaba al tanto de mi relación fugaz con Terry Hayes.

El gobernador de la Base-Uno me llevó aparte y me dijo:

—La doctora Hayes volverá en la *Adventure* a la Tierra. No se lo dije antes porque ella se resistía a emprender el viaje en una nave tripulada... por usted, pero al fin la he convencido de que le interesa descansar, reponerse en la Tierra del agotamiento que para ella han supuesto estos seis meses de trabajo ininterrumpido. Por otra parte, su presencia aquí no es imprescindible ya, dominada la epidemia, aparte de que tenemos al doctor Burr.

—Muy bien. La doctora Hayes puede subir a bordo ya —respondí.

El coronel Williams me dirigió una larga y penetrante mirada.

—Si me permite decirlo, capitán, creo que ha cometido un error mayúsculo despreciando a Terry. Vale mucho más de lo que usted supone. Si ella hubiera fijado sus ojos en mí, yo me consideraría un hombre afortunado.

No hice ningún comentario. ¿Qué podía decir?

Williams me deseó una travesía sin incidentes, y luego se marchó, tras despedirse de la doctora Hayes.

Un momento después, todos subíamos a bordo.

Terry pasó junto a mí, y me dirigió una penetrante mirada de desprecio.

—Bien venida a bordo, Terry —dije, como simple fórmula de cortesía.

—No tomaría esta nave, si no supiera que no podría volver a la Tierra antes de seis meses —respondió, con fría cólera—. Tú y yo somos absolutamente incompatibles, John Watford.

Sonreí, irónico.

—Perfectamente, puesto que así lo quieres. En el fondo, te agradezco que acentúes nuestra separación. Ningún individuo de mi familia...

—Lo sé, lo sé —se apresuró a cortarme, con hiriente mordacidad —. Ningún individuo de tu honorable familia se rozó jamás con personas de raza negra. Lo que no fue obstáculo —sus ojos fulgieron, tempestuosos—, para que el respetable John Watford se acostase con una negra como yo.

CAPÍTULO III

El coronel Williams había asegurado en la Base-Uno que la epidemia de peste que había asolado Tildrich estaba dominada.

Pero no era absolutamente cierto, como por desgracia comprobaríamos el sexto día de navegación.

Me disponía a abandonar el puesto de piloto, para entregar el turno a Dan Lennox, mi copiloto, cuando advertí que temblaba de forma casi imperceptible.

Vi, también, que su frente estaba perlada de sudor, y el tono de

su tez tenía un sospechoso color grisáceo.

— ¿Que te ocurre, Dan? ¿Estás enfermo? —pregunté.

— ¡No, no! Me siento bien —afirmó—. Un leve enfriamiento, eso es todo.

Pero media hora después, el ingeniero de telecomunicaciones, Peter Jones, irrumpió en mi cámara.

—Tendrá que hacerse cargo de la navegación, capitán —dijo—. Dan Lennox acaba de desmayarse.

Dejé escapar una exclamación de sorpresa y malhumor, y me incorporé sobre el lecho.

—Me lo temía —gruñí—. ¿Qué han hecho con él?

—Le llevamos a su cámara, entre George Crestón y yo. La doctora Hayes está atendiéndole —me informó.

Crestón y yo volvimos a la cabina de navegación. Fijé la derrota, calculada electrónicamente, y dejé conectada la navegación automática.

Treinta minutos más tarde, me trasladé a la cámara de Dan Lennox.

Terry Hayes estaba con él. Lennox había recuperado el sentido.

— ¿Peste? —pregunté a la doctora.

Terry asintió, sin disimular su preocupación.

Miré a Lennox, y le dije con aspereza:

—Conque un "leve enfriamiento", ¿eh? Debí suponer que te habías contaminado, teniendo en cuenta que te pasabas noches enteras en la Casa del Amor de la Base-Uno, manoseando a las sucias indígenas...

Lennox cerró los ojos con amargura, pero no contestó.

Por el contrario, la doctora Hayes se lanzó sobre mí, furiosa.

— ¡Watford! —rugió, agresiva—. Te prohíbo que zahieras al enfermo, con tus lamentables comentarios. Lennox está bajo mis

cuidados, lo cual quiere decir que estás sobrando aquí. ¡Vete!

Apreté los puños. La cólera rugía en mi pecho, y me hubiera sentido satisfecho apretando entre mis manos el grácil cuello de Terry Hayes.

Sin embargo, era cierto que yo no me había mostrado muy amable con el pobre Lennox, cuyo estado de gravedad era evidente.

De todas formas, abandoné la cámara echando chispas.

Desde la cabina de navegación, utilicé el intercomunicador para hacer venir a Crestón y Miller, que se encontraban descansando.

Peter Jones me dirigió una inquieta mirada de reojo.

— ¿Para qué los quieres aquí? —preguntó.

—Pronto lo sabrás —respondí, sombrío.

Cuando mis tres compañeros estuvieron alrededor de mí en la cabina, les dije:

—Cuando aterrizamos en Tildrich, os advertí que todos nosotros deberíamos vacunarnos, debido al peligro de contraer la peste. Yo lo hice, por supuesto. Supongo que vosotros también

Les vi palidecer.

— ¡No iréis a decirme que desobedecisteis mis órdenes! —bramé.

George Crestón fue el primero en hablar: —Ya conoce el ambiente de Tildrich, capitán. Ese clima cálido y enervante, hace olvidar a cualquiera todo lo que no sea...

—Responde escuetamente a mi pregunta, George —le corté, abrupto—. ¿Te vacunaste?

—No —respondió, trémulo.

— ¿Miller?

—No, capitán. No me puse la vacuna —respondió el cartógrafo.

— ¿Y tú, Peter?

—Tampoco —confesó.

Me sentí abrumado.

—En tal caso, temo que hayáis contraído la peste. Durante todos estos días, habéis estado en contacto con Dan Lennox. Y Dan Lennox está contaminado —anuncié con innecesaria crudeza.

— ¿Quiere algo más, capitán? —murmuró Crestón, tras chirriar los dientes desagradablemente.

—Sólo que vayáis a vuestras cámaras y permanezcáis allí hasta que la doctora Hayes os haya reconocido. ¡Ojalá sea todavía tiempo de salvaros! —respondí, encolerizado.

Mi cólera no era motivada por un sentimiento de solidaridad o de preocupación por su suerte.

No. Me sentía enfurecido porque aquellos hombres me habían desobedecido y también porque, si ellos morían, yo me vería en dificultades para llevar la astronave *Adventure* a su destino. Es decir, a la Tierra.

Peter Jones continuó en su puesto de operador de telecomunicaciones. Pero estaba tan pálido y ojeroso, que pronto lo envié a la cama.

Terry penetró en la cabina de navegación, dos horas después.

Me volví a mirarla, y advertí que su semblante tenía una expresión tempestuosa.

— ¿Qué ocurre? —pregunté con toda frialdad.

— ¿Qué ocurre? —repitió, llena de furia. La barbilla le temblaba ostensiblemente.

— ¿Has visto a Jones, Miller y Crestón? —dije, pasando por alto su rabiosa actitud.

—Los he visto —asintió—. Están deshechos, destrozados, absolutamente abatidos, rotos. ¡Eres un ser odioso, abominable! ¿Por qué tuviste que hablarles con esa horrorosa crudeza? Aunque en verdad estén enfermos, no es muy piadoso quitarles toda esperanza.

Rápidamente, comenzó a contagiárseme la irritación que dominaba a Terry.

— ¿Están contaminados? —pregunté, elevando la voz innecesariamente.

Terry ocultó sus ojos con las manos.

— Sí. Han contraído la peste. Ahora te sentirás satisfecho —murmuró.

Me encrespé. ,

—No necesito tus estúpidos comentarios personales. Limítate a cuidar de ellos, ésa es tu obligación —grité.

Terry avanzó unos pasos hacia mí.

Sus bellas facciones estaban crispadas.

—Escucha, pedazo de necio presuntuoso: ¡no estoy obligada a acatar tus órdenes! Soy la doctora Hayes, una pasajera, pero no un tripulante de tu roñosa astronave —gritó a voz en cuello.

La hubiera estrangulado... de no necesitar de ella para que se ocupase de los tripulantes contaminados.

Lo que hice fue volverle la espalda y fingir que me ocupaba de los aparatos de control.

—De todas formas, cuidaré de los enfermos con toda dedicación. Es lo menos que puede hacer una persona decente —rugió Terry.

Y abandonó rápidamente la cabina de navegación.

Dan Lennox falleció a la mañana siguiente.

Y a lo largo de los días que siguieron al de su muerte, fueron cayendo Peter Jones, George Crestón y, finalmente, Dave Miller.

Los únicos supervivientes fuimos la doctora Terry Hayes y yo. Ambos estábamos vacunados.

A partir de allí, vi a Terry vagando como un fantasma por los largos pasillos de la astronave.

Se pasaba las horas enteras arrastrando un equipo de desinfección, y había esterilizado incansablemente todos los objetos móviles de a bordo.

—Está bien —le dije en una ocasión—. Deja eso ya, y ven a descansar a la cabina de navegación.

Apenas se dignó mirarme.

—Prefiero caer exhausta trabajando, antes que permanecer en tu compañía un solo minuto.

A partir de aquel comentario, comencé a odiarla.

Sin embargo, me sentía triste y solitario.

La enorme *Adventure* sólo albergaba a dos personas... vivas.

Jones, Lennox, Crestón y Miller habían pasado a engrosar el fatídico Cementerio Volante que constituía la astronave.

CAPÍTULO IV

De un manotazo rechacé a Terry. Tan violento que ella chocó contra la pared metálica y quedó conmocionada.

—Escucha, estúpida —advertí con voz tremante—. El golpe con que destrozaste el panel de instrumentos ha tenido una fatal consecuencia. La desviación en la derrota nos ha arrojado a la zona de influencia de Yon-Itarx, y la astronave está siendo velozmente atraída por la masa del planeta. La aceleración ha aumentado a ocho kilómetros por segundo. ¡Vamos a estrellarnos contra Yon-Itarx!

Terry no se movió del suelo.

Furioso, me incliné, la aferré por los hombros y la icé.

— ¿Es que no te importa morir? —grité, al tiempo que la zarandeaba salvajemente.

Me miró.

Y respondió:

—Nada me importa. También tú morirás. Es lo único que me consuela. Durante todos estos días, me mantenía en pie la esperanza de que contrajeras la peste y murieras en medio de los horribles

dolores que tuvieron que soportar Lennox y sus camaradas. No ha sido así... Pero ahora morirás. Inexorablemente.

¡Dios mío, cómo me odiaba aquella mujer!

Aceptaba la muerte pasivamente... con tal de que yo pereciese también.

—Muy bien —dije, mordiendo las palabras—. Vas a venir conmigo a la cabina de navegación. Estaremos juntos, cuando llegue el final.

Se dejó llevar, sin oponer resistencia. En la cabina, se dejó caer sobre el asiento del copiloto, y ocultó el rostro entre las manos.

La nave seguía cayendo, a velocidad increíble, en dirección al planeta Yon-Itarx.

Miré los aparatos. La *Adventure* había alcanzado una aceleración de ¡trece mil metros por segundo!

Conecté la pantalla gigante de televisión. La superficie de Yon-Itarx parecía subir, rauda, hacia nosotros.

Miré a Terry. Permanecía absolutamente inmóvil. Aguardaba, sencillamente, la muerte, en medio de una total indiferencia. O al menos, eso era lo que simulaba.

Sin embargo, yo me sentía ganado por la desesperación, y apenas podía ocultarlo.

— ¡Terry! —grité, aterrado—. ¡Vamos a morir!

Ella apartó sus manos de la cara, y me miró.

—Lo sé —respondió.

— ¡Dios mío! —gemí—. ¿Es que no sientes nada, ni siquiera temor? ¡Te ruego que reces conmigo!

— ¿Rezar? No sé rezar, no creo en Dios.

—Pero ¿por qué? ¡Ahora necesitamos más que nunca de la fe! —exclamé.

—En Harlem, en medio de la miseria y de la enfermedad, era muy difícil creer en Dios. Tal vez para ti, en tu hogar de Boston, rico y

mimado, la fe en Dios fuera algo natural, espontáneo. Pero no para nosotros, los negros, los olvidados, los que debíamos procurarnos un pedazo de pan a zarpazos —respondió ella, con amargura.

Hundí la cabeza en el pecho. El Pin se aproximaba.

La astronave vibraba con gran violencia, y la aceleración había ascendido a quince mil metros por segundo.

La estructura de la *Adventure* no resistiría tan colosal vibración. Un poco más y... ¡plaf!, se desintegraría.

Y nosotros con ella.

Entonces, espontáneamente, comencé a orar:

—*Padre nuestro, que estás...*

Sentí un leve desvanecimiento.

Cuando conseguí abrir los ojos, Terry yacía de brujes, inmóvil, sobre el panel de instrumentos.

Consulté los aparatos de control, sin esperanza.

Pero reaccioné inmediatamente, al comprobar que se estaba produciendo a bordo una violenta desaceleración.

La velocidad había descendido bruscamente a ocho mil metros, a seis mil, a tres mil...

A través de la pantalla de televisión, podía verse un halo azulado, en el que se movían miríadas de corpúsculos violetas.

De repente, la luz se apagó, la pantalla de televisión se oscureció, y todo dejó de funcionar a bordo.

Fueron unos segundos de indescriptible angustia.

Al cabo, la luz volvió y, con ella, la normalidad a bordo.

De la pantalla de televisión había desaparecido el halo azulado, y la aceleración era muy moderada: mil doscientos metros por segundo.

A través de la pantalla de televisión, se tenía una visión diáfana de la atmósfera de Yon-Itarx.

Apresuradamente, puse en reacción los retrocohetes para controlar el descenso de la *Adventure.*

¿Qué había ocurrido?

Cuando parecía inminente nuestro fin, *algo* había frenado la caída de nuestra astronave.

Conecté una de las cámaras superiores de televisión, y advertí el halo azulado que rodeaba al enorme piara, a unos ciento cincuenta mil metros por encima de la corteza terrestre.

Parecía un potente cinturón magnético, de unos cincuenta kilómetros de espesor. La fuerza magnética había anulado todos los aparatos eléctricos de a bordo: yo mismo lo había comprobado.

También la Tierra posee un halo semejante, a considerable altitud, el famoso cinturón Van Hallen.

La vibración se había interrumpido, la velocidad de caída se mantenía estable, y los aparatos de control funcionaban a mi voluntad.

Realicé unas mediciones, mediante el cerebro electrónico de la *Adventure.* El cinturón magnético de Yon-Itarx rodeaba su ecuador, y estaba situado exactamente a ciento ochenta mil metros de su superficie.

La temperatura a bordo había ascendido nueve grados, a pesar del aire acondicionado.

Yo permanecía atento a la maniobra, puestos mis cinco sentidos en los aparatos de medición.

A través de la pantalla de televisión, avizoraba, ansioso, la superficie de Yon-Itarx, que *ascendía* ya a nuestro encuentro.

Podían distinguirse ya sus enormes masas vegetales y una gran extensión líquida Hacia la izquierda de la pantalla, se divisaba una mancha blanca.

Utilicé el *zoom* de la cámara para observar mejor aquella mancha, y comprobé que se trataba de una gran explanada cubierta de... sal.

Varié levemente el rumbo de la *Adventure,* y di más fuerza a los

retrocohetes para aminorar la velocidad.

El altímetro marcaba ya treinta mil metros, veinte mil, diez mil…

Luego… la gran *Adventure* se posó suavemente sobre el llano salado, y los potentes retrocohetes, elevaron en el aire una gran nube de blanquísima sal.

Dejé escapar un profundo suspiro.

Junto a mí, Terry Hayes abrió los ojos y me miró.

La suya fue una mirada lejana, de infinito horror.

Creía, supuse, que *acababa de despertar en el infierno.*

CAPÍTULO V

Estaban agazapados detrás de los grandes terrones salinos.

Nos contemplaban con terror, no exento de una intensa curiosidad.

Había muchos. Posiblemente, más de cien.

Yo los había visto correr a la desbandada, y puedo asegurar que presentaban un aspecto impresionante.

Tenían una estatura gigantesca, muy superior a los dos metros, y eran asombrosamente peludos.

Sus cabellos, de un color grisáceo, flotaban como un halo alrededor de sus cabezas.

Cubrían su tronco con pieles sin curtir, llevaban los brazos y las piernas al descubierto, aunque sus extremidades eran tan velludas, que bien se hubiera podido pensar que estaban cubiertas igualmente por sus espesas zamarras.

Cuando la *Adventure* descendió sobre el dilatado llano de sal, ellos estaban cargando grandes terrones de la vital sustancia sobre grandes plataformas de troncos tiradas por... enormes búfalos peludos

de dos metros y medio de alzada y un peso no inferior a las cuatro toneladas.

Terry y yo inmóviles bajo el fuselaje de la astronave, contemplábamos la insólita escena, maravillados.

Por mi parte, no había tenido tiempo suficiente para pensar en la posibilidad de que existiera vida en Yon-Itarx, si bien las condiciones del planeta, en general, lo hacían posible.

Cuando vimos correr a los hombres mujeres del macroplaneta, creíamos que se trataba más bien de cuadrúmanos que de auténticos humanos.

Pero ahora ya no nos quedaba ninguna duda: eran hombres y mujeres. También había algunos adolescentes e incluso niños.

En la lontananza, pude ver, a través de los prismáticos, el borde de un extraordinario bosque, algunos de cuyos árboles alcanzaban los trescientos metros de altura.

La naturaleza que teníamos ante nuestros asombrados ojos era de unas dimensiones gigantescas, en proporción con la macromasa del planeta.

El llano de sal, a cuyo borde se había posado la astronave, mediría unos veinte kilómetros de anchura, en su parte más estrecha.

Indudablemente, Yon-Itarx atravesaba una etapa semejante a la Prehistoria terrestre.

Desde donde nos encontrábamos, Terry y yo podíamos escuchar los exaltados y sincopados murmullos de los habitantes de Yon-Itarx.

Estaban atemorizados.

Gesticulaban, ocultos tras los terrones de blanca sal, y nos señalaban con enérgicos movimientos de sus hercúleos brazos.

Posiblemente, era la primera vez que seres de otros mundos descendían sobre el suyo, y ello explicaba su temor y su excitación.

Desde luego, yo no tenía el menor interés en explorar Yon-Itarx. Si no había elevado el vuelo lejos de aquel planeta, se debía a que yo no conocía aún lo suficiente las características de su cinturón magnético y otras circunstancias de interés vital.

Definitivamente, hubiera sido absurdo exponernos a fracasar en nuestro intento de proseguir el viaje, cuando acabábamos de salvar la vida, por puro y casual milagro.

Mi intención era realizar algunas comprobaciones geofísicas y meteorológicas, antes de intentar el despegue.

—Estaba absorto en tales pensamientos, cuando uno de los indígenas saltó temerariamente fuera de su protección.

Le vi correr a grandes zancadas, en nuestra dirección.

Era un hombre impresionante.

Un verdadero gigante, de casi tres metros de estatura, velludo como un puerco espín.

Se detuvo apenas a quince metros de nosotros, y agitó frenéticamente sus musculosos brazos, al tiempo que pronunciaba guturalmente algunas frases incomprensibles.

Terry tembló junto a mí.

Lo cierto es que también yo me sentí impresionado por la formidable presencia física de aquel individuo, y por sus alardes de suprema ferocidad.

Sin embargo, di tres pasos adelante y elevé mi mano derecha en son de paz, si bien en la izquierda llevaba mi fusil láser altamente destructor.

Al advertir mi movimiento, aquel gigantón dio un tremendo alarido y huyó velozmente, lanzándose de cabeza tras el terrón de sal que le había servido de protección anteriormente.

Quedé pasmado de asombro.

¡Aquellas gentes eran tan asustadizas como niños!

Me envalentoné.

- seguí avanzando lentamente hacia ellos.
- Cuando hube caminado unos veinte metros, advertí un movimiento de retroceso entre los indígenas.
- entonces tuvo lugar la insólita escena. Al borde del

yacimiento salino se elevaban unos montículos de tierra rojiza.

- Súbitamente, uno de aquellos montículos se desgajó en dos, formando una ancha grieta.Vi brillar unas placas marrón oscuro, una superficie articulada y ondulante, un cuerpo repugnante...Nubes de polvo pardusco se alzaron del montículo. Y luego surgió la cabeza monstruosa de un arácnido.— ¡Hamxee, Hamxee! —gritaron los peludos indígenas, señalando con un gesto horrorizado a la enorme criatura surgida del seno de la tierra.
- El pánico me paralizó.
- Sin capacidad para reaccionar, vi cómo el arácnido emergía de la grieta y se deslizaba con torpes movimientos de sus brillantes patas sobre el terraplén.Entre los indígenas, resonaron alaridos de pánico.Poseídos del temor, corrieron en todas direcciones, y algunos de ellos llegaron a cobijarse bajo el tren de sustentación de la *Adventure.*— ¡Hamxee, Hamxee...! —gritaban, enloquecidos.El arácnido estaba al pie de la llanura salina y caminaba con torpes movimientos bamboleantes sobre el terreno cubierto de sal.Era un "animalito" repugnante.Mediría unos seis metros de longitud, y sus largas patas, terminadas en pinzas córneas de color ébano, tenían más de ocho metros.Un joven indígena tropezó y cayó sobre la sal.Inmediatamente, el bichejo dio un impresionante salto y cayó sobre él.Aquello me hizo reaccionar.Dejé escapar un grito, y alcé mi fusil.Disparé.Un resplandor rojizo brotó del caparazón del animal. Hubo una potente vibración de sus placas córneas, y luego las patas se plegaron y el arácnido se derrumbó poco a poco hasta quedar inmóvil.El mismo hombretón que había abandonado, minutos antes, su escondrijo, para realizar aquel improvisado desplante, se alzó del suelo y corrió a gran velocidad, rescatando en una rápida carrera, al joven indígena que había quedado atrapado bajo las pinzas táctiles del monstruoso bicho.Respiré hondo.Terry, que se encontraba muy cerca de mí, me tocó fugazmente el brazo y luego se separó. — ¡Dios mío!—la oí murmurar. ¿O no fue eso lo que dijo?Terry era atea, no profesaba religión ni creencia de ninguna índole. ¿Por qué imaginar que ella iba a pronunciar, siquiera fuera emocionalmente, el nombre de Dios...?A un centenar de metros, los grandes búfalos que tiraban de los rudimentarios carros cargados de terrones de sal, habían emprendido una alocada huida, y galopaban por la llanura, arrastrando las plataformas de troncos, hasta perderse en la distancia.Junto a la astronave, se encontraban apiñados dos o tres grupos de mujeres y

niños.Tenían unos grandes ojos, intensamente negros. Y en aquellos ojos seguía reflejándose el miedo, la sorpresa y la desconfianza, todo ello unido a una incipiente y tímida demostración de agradecimiento.— ¡Tú! —grité, dirigiéndome a la mujer que tenía más próxima—. ¡Ven aquí! ¡De una forma u otra tenemos que entendernos!La mujer estaba amamantando a un pequeño. Cuando me oyó hablar, pareció replegarse sobre sí misma, temerosa.Ya caminaba hacia ella, dispuesto a hacerme entender por el medio que fuera cuando a mi espalda se produjo un potente sonido gutural.Me volví.El hombretón llevaba al muchacho en brazos. El chico estaba indemne, pero parecía sentirse muy a gusto entre los brazos de su padre, según supuse. —Bien, Gran Contestario —dije en voz alta—. Veamos si somos capaces de entendernos.Intenté algunos gestos mímicos, pero el formidable individuo se limitó a mirarme fijamente, con un ademán fiero y salvaje.—Es imposible —dije, desalentado—. Jamás conseguiremos comunicarnos con estas gentes primitivas.Terry no debía pensar lo mismo, según pude comprobar en seguida.La vi avanzar hacia el gigante con serenidad, sin que un solo músculo de su rostro se alterase. Por el contrario... ¡sonreía!Tendió sus brazos hacia aquel hombre que le llevaba más de un metro de estatura, y dijo dulcemente: —Déjamelo, yo lo curaré.Hasta aquel momento, yo no había reparado en que el muchacho sangraba abundantemente, a través de un gran desgarrón abierto en su pecho.El gigante parpadeó, confuso.Y luego, mansamente, entregó el adolescente —casi un niño—, en brazos de Terry.Me atraganté. ¿Cómo era posible que un salvaje confiase, de buenas a primeras, en un ser tan distinto a él como lo era la doctora Hayes?No podía explicármelo. Pero asistí a la extraña escena que se produjo poco después.Terry depositó al chico en el suelo, sacó algunas cosas del equipo que habíamos descendido a tierra, e inyectó rápidamente un anticoagulante al adolescente de piel morena.La hemorragia se cortó inmediatamente. Algunos de los indígenas, que se habían aproximado, recelosos, observaban a Terry, a cierta distancia.Al ver que la sangre cesaba de manar por la aparatosa herida, prorrumpieron en exaltadas exclamaciones, que juzgué eran de asombro.Ajena a todo ello, la doctora Hayes curó la herida con antibióticos y vendó cuidadosamente el pecho del muchacho. Tras lo cual, aquél se puso en pie y corrió por su propio pie hasta cobijarse entre los brazos del peludo gigante.Terry hurgó en nuestro equipo, y sacó algunas latas de carne en conserva, que ofreció a los indígenas, ya abiertas.Los vi hacer visajes, hundir sus dedos en la conserva, chuparlos

después con desconfianza y… devorar inmediatamente las viandas, con una voracidad increíble.— ¿Qué pretendes hacer? —dije a Terry, malhumorado, por su fácil eficiencia.—Están hambrientos. Son criaturas humanas. Necesitan comer — respondió, por todo comentario.Desde luego, llevábamos a bordo de la *Adventure* más de cien toneladas de alimentos, pero yo no estaba dispuesto a distribuirlos gratuitamente entre aquellos peludos y salvajes seres.Terry, por el contrario, repartía los alimentos a manos llenas. Las mujeres se rozaban ya con ella, sin el menor recelo, y recibían las viandas de su mano como si, para ellos, la doctora Hayes fuera la benéfica Hada Madrina.El rostro de Terry resplandecía, de pura satisfacción.Acariciaba a los pequeños, se introducía entre los grupos de gigantescos adultos sin el menor temor, y hablaba constantemente en un tono suave y tranquilizador…, aunque ella estuviera íntimamente segura de que aquellos salvajes jamás podrían comprenderla.Lo cierto era que sus gestos amables, sus sonrisas y su actitud plena de sencillez, conseguía rápidamente la confianza de aquellos seres.Yo la odiaba, por ello.¿Por qué…?Muy fácil: yo no había conseguido captar la confianza de uno solo de aquellos indígenas, cuando Terry había logrado hacerse entender por ellos en poco más de media hora.Para lo cual, sólo había utilizado una virtud: la generosidad.Por supuesto, yo no estaba dispuesto a mezclarme con aquellos sucios individuos.Cuando detuve a Terry —que seguía repartiendo a manos llenas los alimentos—, y traté de impedirle, con gesto brusco y gritos destemplados, que siguiese llevando a cabo tan loca distribución, ocurrió algo que me hizo recapacitar.Un grupo de cuatro o cinco hombres, encabezados por el gigante que había entregado su hijo a Terry, me rodeó con expresión feroz.Sentí miedo, para qué disimularlo.Y no tuve otra opción que permitir que la doctora Hayes siguiese derrochando nuestras provisiones entre hombres, mujeres y niños.Terry no se jactó por aquella ostensible victoria. No me miró, no me humilló, no se aprovechó de las circunstancias.Ella parecía una diosa entre los salvajes, derramando dones y tesoros… en forma de latas de carne y pescado en conserva.Podía haberme mirado, podía haberse pavoneado y preguntarme:¿Y ahora, qué, presuntuoso yanqui de cabellos rubios?Pero no dijo nada de eso. Por el contrario, cuando el grupo de salvajes estrechó su cerca alrededor de mí, se apresuró a intervenir.Fue muy fácil para ella: los empujó suavemente por el pecho, al tiempo que les ofrecía un puñado de latas de salmón en escabeche.Me retiré unos metros, humillado.Yo podía

deshacerme fácilmente de aquella chusma peluda, maloliente, vociferante y… hambrienta.Mi fusil láser tenía en su interior un cartucho capaz para cien disparos consecutivos. Y uno solo de ellos había terminado con el monstruoso arácnido surgido de la tierra, que no pesaría menos de dos toneladas.Sentía bullir en mi pecho el rencor y… la envidia.Envidiaba a Terry Hayes que, en circunstancias límite, como la que nos tocaba vivir en aquellos momentos, era capaz de dominar la situación y hacerse con la confianza y el respeto de aquellos seres primitivos.A solas, a veinte metros de distancia de la chusma, yo rumiaba mi humillación.

CAPÍTULO VI

El sol que iluminaba la superficie de Yon-Itarx había calentado la superficie del planeta durante veintisiete horas.

El resplandor de los rayos solares sobre el campo de sal era insoportable, y contribuía a dificultar la visión, puesto que el suelo fulgía como una lámina de plata.

El día, en Yon-Itarx, tenía cincuenta y una horas y quince minutos, según logré establecer, mediante los aparatos de medición que habíamos descendido de la astronave.

Durante las horas diurnas, la temperatura era muy elevada —hasta sesenta y dos grados centígrados—, lo que justificaba por sí mismo el colosal desarrollo de la vida animal y vegetal.Durante varias horas, Terry había estado conviviendo con los naturales del planeta. E incluso, para sorpresa mía, había logrado aprender quince o veinte vocablos del esquemático lenguaje de los nativos de Yon-Itarx.Los hombres y mujeres la trataban con timidez, pero no demostraban hacia ella ni recelo ni temor.Los niños tocaban su ceñido traje termoestable, e incluso bromeaban con ella llamándola *nighintxi,* es decir: enanita blanca.¿Blanca?No es que la piel de Terry fuera muy oscura, pero, en comparación con la tostadísima epidermis de los nativos, ella parecía más blanca, en efecto.He dicho que Terry había conseguido captar el respeto y la confianza de aquellos salvajes... Pues bien, a mí no me demostraban otra cosa que temor.Yo captaba sus miradas, plenas de recelo y de miedo. Y algunos hombres rondaban a cierta distancia de mí, como si quisieran demostrarme, sin palabras, que estaban sobreaviso, dispuestos a repeler cualquier ataque por mi parte.Lo extraño es que, en principio, se habían sentido muy impresionados cuando yo descargué mi fusil láser sobre el gigantesco arácnido. Incluso había escuchado sus exclamaciones, llenas de asombro y admiración...Pero luego, Terry había acaparado toda su atención.A mí, si acaso, me temían. A ella le estaban agradecidos, aunque sólo fuera porque, en parte, habían saciado su hambre.Yo les había visto comerse las legumbres crudas —judías verdes, cebollitas, menestra...—, de lata, con increíble delectación, como si fueran una especial golosina.¿No conocían el fuego?Ya hacia el ocaso, un grupo formado por unos veinte hombres cruzaron el campo de sal, en dirección al enorme

escorpión muerto.Rodearon su cuerpo, haciendo alardes de grandes aspavientos, y luego comenzaron a atacar la dura concha, con sus rudimentarias hachas de hueso.Cuando lograron hendir las gruesas placas córneas del arácnido, arrancaron largas lonchas de carne color salmón, y las devoraron con fruición.Entonces me acerqué a Terry, que hablaba con algunas mujeres, tratando de aprender rápidamente el elemental lenguaje de Yon-Itarx.— ¿Cuándo van a marcharse? —pregunté, disgustado.Se volvió y me miró.No había odio en sus ojos, sino algo semejante al reproche.—Viven a unos cincuenta kilómetros de aquí, en cuevas excavadas en la roca —respondió—. Vinieron a abastecerse de sal, viaje que sólo hacen dos veces al año, porque se sienten atemorizados y amenazados en todos los sentidos. Sus *gilps* huyeron cuando apareció ese bicho y...— ¿Qué diablos son *gilps?* —gruñí.—Esos descomunales búfalos que tiran de sus carros. Ahora no se atreven a volver a sus refugios por sus propios medios.— ¿Por qué?Terry me miró, incrédula.— ¿No lo has adivinado? La de Yon-Itarx es una naturaleza colosal, en proporción con el inmenso planeta... El llano de sal está circundado por esos montículos o terreras, que no son otra cosa que la guarida de enormes arácnidos como el que tú mismo mataste. Sus búfalos son rápidos, y, viajando en sus plataformas les es posible huir, puesto que esos monstruosos bichejos son muy lentos de movimientos. Pero sin los *gilps,* esta pobre gente jamás lograría atravesar este desierto.La miré asombrado.— ¿Cómo has conseguido saber todo eso? —le pregunté.—Porque, desde el primer momento, sentí compasión por ellos. He visto algunos niños a los que les ha sido amputado un brazo o una pierna... por las pinzas de los arácnidos... Algunos están enfermos, y otros sufren terribles quemaduras solares...—Ya veo —gruñí, despectivo—. Te mueve el corazón. Pero no has respondido directamente a mi pregunta.— ¿Cómo he logrado hacerme comprender por ellos? —exclamó—. Muy fácil. Oyéndolos, prestándoles atención, dibujando elementales dibujos sobre la fina sal que cubre esta llanura. Dibujé uno de esos búfalos y una mujer me dijo: *"¡Gilps, gilps... anea!"*. Es decir, “los búfalos huyeron".Escupí en el suelo, indiferente.—Muy bien, sigue mezclándote con ellos. Tal vez te contagien alguna de sus enfermedades —dije.—Tú no puedes comprenderlo, John. Durante toda mi vida profesional, yo he estado en medio de gente enferma, a veces entre enfermos incurables, contagiosos, peligrosos... ¿Por qué crees tú que lo hacía?Me agité, inquieto.—No lo entiendo —repuse, muy confuso—. Tú, ni siquiera crees en Dios. ¿Por qué lo haces, entonces?Las

facciones de Terry se dulcificaron.—Porque siento amor hacia mis semejantes. Porque comparto sus penas y sus alegrías, porque me siento solidario con ellos, tanto de los que están sanos como de los que están enfermos y sufren —respondió, sin violencia—. También contigo compartí el amor, ¿o no lo recuerdas?Di la vuelta bruscamente y me alejé.La actitud, la conducta de Terry Hayes, comenzaban a inquietarme.Yo jamás me había sentido obligado hacia los demás, en ninguna situación, en ningún orden de cosas.Dentro de los límites de mi familia, cada cual estaba suficientemente defendido, mediante el respaldo económico. No necesitábamos nada de los demás, pero tampoco nos creíamos obligados a repartir nuestro dinero, nuestro prestigio ni nuestro poder con el prójimo.Siempre habíamos sido autosuficientes..., ¿para qué buscarle tres pies al gato?El sol desapareció rápidamente al otro lado de la imponente masa forestal que limitaba la llanura blanca al Oeste.En seguida la temperatura bajó ostensiblemente. El termómetro de mi equipo marcó, en el plazo de poco más de treinta minutos, treinta grados, dieciocho, seis y, finalmente, se estabilizó a un grado sobre cero.Ni Terry ni yo sentíamos frío dentro de nuestros trajes termoestables. Pero las mujeres y los niños tiritaban, a pesar de sus zamarras de piel.Di un grito a Terry, que se volvió hacia mí, expectante.— ¡Vamos! —grité—. Es preciso que nos guarezcamos en la *Adventure.*Terry vino hacia mí rápidamente.—Sí... —dijo—. A bordo de la astronave, tú y yo nos sentiremos a salvo del frío y del ataque de las descomunales fieras que pueblan la superficie de Yon-Itarx, pero ellos...La agarré por los hombros, rabioso.— ¿Acaso pretendes que metamos a esta turba en la *Adventure?* ¡Dios santo! ¿Es que no lo entiendes? Son salvajes, seres prehistóricos. Destrozarían todo lo que encontrasen a su paso y... nos asesinarían, en cuanto supiesen que almacenamos cien toneladas de alimentos a bordo —exclamé.—John, tú invocas a menudo el nombre de Dios, pero no tengo pruebas de que sientas como un cristiano sincero —fue su insólita respuesta. Y agregó con voz más suave y convincente—: No te pido que les dejes subir a bordo. Bastaría... — ¿Bastaría con qué. .? —gruñí, esquivo.—Sé que la nave dispone de cinco refugios inflables de emergencia. Estas criaturas podrían guarecerse, durante la noche, en sólo dos de ellos...— ¡No seas estúpida! —exclamé, después de considerarlo —. No bastaría con los refugios. ¿No dices que en Yon-Itarx existen animales espantosos, como ese monstruo al que yo mismo abatí?—Sí. Pero el fuego ahuyenta a cualquier animal salvaje. Estarían protegidos con unas cuantas hogueras ardiendo

alrededor de los refugios —insistió, fogosamente, Terry.—A mí no me interesa la suerte de esos salvajes —respondí ásperamente—. Por otra parte... no me siento muy inclinado a seguir escuchando tus absurdas proposiciones. ¡Entérate de una vez! No eres un ángel, una iluminada, una heroína, por más que te empeñes en demostrármelo. En realidad, sólo has logrado exacerbar a esos brutos en contra de mí. Me odian. Tú debiste hablarles de mi, urdirías las cosas a tu antojo, les enzarzaste... ¡No son imaginaciones mías! ¡Ellos me han demostrado palpablemente su hostilidad!Terry me miró con ojos llameantes. — ¿Cómo puedes ser tan ruin? Nada dije en contra tuya, sino todo lo contrario... Pero no voy a perder el tiempo hablando de ello. Lo que tú no sabes es que estos nativos juzgan el carácter de las personas por el rictus de sus facciones. Son primitivos. Creen que eres amable y amigo si sonríes y les tratas con afecto. Pero también saben leer el desprecio en un solo gesto. Y tú sólo les has demostrado asco, desprecio, repugnancia...Bruscamente, di media vuelta y me dirigí a una de las trampillas inferiores del fuselaje de la *Adventure.* Utilicé mi excitador electrónico, y la trampilla se abrió.Ascendí por la rampa automática, y volví a cerrar la trampilla desde dentro.Antes de desaparecer en el interior de la astronave, todavía tuve tiempo para advertir el gesto de desolación que reflejaban las facciones de la doctora Hayes.Quizá por ello su sorpresa fue mayor cuando, pocos minutos después, arrojé al suelo dos refugios hinchables.Solté sus válvulas, y las enormes bolsas se inflaron automáticamente.Aullidos de asombro surgieron de las gargantas de los nativos, que se apartaron supersticiosamente.Al cabo, recuperaron la confianza y palparon, admirados, el resistente entramado plástico de los refugios.Eran unos albergues muy prácticos.Disponían de una lámpara y de un sistema de ventilación muy complejo por comprensión-depresión automática.En aquel momento, la veintena de hombres volvían a la astronave, llevando enormes trozos de carne colgados de su cuello.Mis labios se fruncieron en un ademán de repugnancia. De todas formas, dije a Terry, que me contemplaba entre admirada e incrédula:—Ordénales que roe acompañen. Nos desplazaremos hasta aquellos árboles secos para traer leña suficiente.—No puedo *ordenarles* nada, John —respondió Terry—. Yo no soy superior a ellos ni tengo autoridad ninguna sobre estas infelices criaturas. Todo lo más que puedo hacer es... *rogarles* que te acompañen.Era increíble.¡Una mujer civilizada, una terrestre... aseguraba no tener autoridad sobre aquellos salvajes...! Finalmente me encogí de hombros. — ¡Vete

al diablo! Diles lo que quieras, pero procura que todos los hombres hábiles vengan conmigo —barboté.Terry se entendió rápidamente entre los hombres que palpaban, como fascinados, las paredes de los refugios hinchables.Me miraron. Y luego, tímidamente, se acercaron a mí, aunque se detuvieron a respetable distancia. También Terry se aproximó:—Quédate, John. Ellos ya saben lo que tienen que hacer —suplicó.

- —Iré con ellos —aseguré tercamente. —Pero...
- —Pero... Alguno de esos mastodónticos "bichitos" podrían engullir a media docena de tus angelicales protegidos —respondí, irónico—. ¿O no vale la pena protegerlos?
- —Ve —dijo Terry.Y una fugaz sonrisa animó sus facciones.
- Los hombres me miraban, en círculo alrededor de mí, como si aguardasen una señal.
- Alcé, pues, el brazo derecho y grité:— ¡Adelante, manada de morenos!Me siguieron como fieles cachorros.
- Llegados al límite oriental del llano de sal, me detuve, y ellos me imitaron.Luego ascendí sobre una terrera de unos diez metros de altura. Sentía los nervios a flor de piel.Tanto que incluso creí notar un ligero temblor bajo la tierra. Pero no ocurrió nada.Había elegido aquella altura porque, desde allí, dominaba con mi fusil una extensión de terreno considerable, allí precisamente donde el fondo salino había agostado un grupo de árboles.— ¡Vamos! —grité, señalando los troncos—. ¿Qué esperáis para hacer la carga?Los nativos avanzaron y comenzaron a desgajar ramas y gruesos troncos.Poseían una fortaleza increíble, y parecían incansables.
- Finalmente, cuando creí que habían arrancado suficiente combustible, di un grito de aviso, y señalé el campamento, con un perentorio ademán de mi brazo.
- Cerré la marcha, en pos de ellos.De cuando en cuando, al escuchar un seco crujido a mi espalda, apenas podía evitar el volverme de un brinco y disparar mi fusil. Pero logré dominar mis nervios y... mi miedo.Sirviéndome de Terry como intérprete, dispuse que los hombres acoplasen los dos refugios y cavasen media docena de hoyos alrededor de ellos.Advertí que todos me miraban sin pestañear, con gran atención. Y me envanecí un poco.La luz diurna se extinguía por momentos.Reinaba ya una temperatura gélida: dos grados bajo cero.Siguiendo las instrucciones que yo les daba, a través de Terry, los hombres dispusieron seis piras de leña sobre otros tantos hoyos.Me retiré unos pasos. Me observaban todos, absortos.Entonces apunté mi fusil láser a la base de una de las piras y disparé. Surgió una llamarada.Los nativos prorrumpieron en alaridos de espanto, y

retrocedieron tan veloz y desordenadamente que chocaron unos contra otros, y cayeron al suelo en confuso revoltijo.Aprovechando su estupor, Terry les gritó algo, con todas sus fuerzas.Adiviné que trataba de tranquilizarles (para ellos el fuego era algo desconocido, desusado), y en efecto, así era.La propia Terry se aproximó a la hoguera, extendió, de forma muy expresiva, sus manos, las frotó entre sí, y luego se frotó igualmente el pecho y la espalda.Poco a poco, los indígenas la imitaron. Se acercaban, medrosos, al fuego, extendían sus manos con temor...Pero muy pronto reían brutalmente, muy contentos, como niños alrededor de su juguete preferido.Yo también me acerqué, despacio, para no asustarlos.Dejé el fusil en el suelo, extendí mis manos y las froté entre sí. Entonces me miraron sin miedo, por vez primera, e incluso sonrieron torpemente.— ¡Atxaihli, Atxaihli! —gritaban, señalándome con una mano extendida.

- Terry se acercó a mí.— ¿Qué diablos dicen? —pregunté, huraño.
- —Te llaman Atxaihli, es decir, el dios. Ellos llaman dios a todo lo que es superior a sus fuerzas y a su comprensión —respondió, sin mirarme.
- Sonreí, cáustico.
- —Pero... tú sabes que no existen los dioses... Que no existe Dios —hice notar, al tiempo que observaba su expresión, de reojo.
- Tardó en responder.Al cabo, se giró hacia mí y me miró rectamente. —Tal vez... Tal vez, sí haya Dios —pronunció con acento esperanzado.

CAPÍTULO VII

- La noche, en Yon-Itarx, era inquietante.En los montículos de tierra situados a trescientos metros de distancia se advertían, de cuando en cuando, extraños movimientos subterráneos.Yo podía oír perfectamente el alarmante rumor de los pedruscos rodando desde lo alto de las terreras, mezclado con un sonido metálico, intermitente, como producido por monstruosos élitros, que era suficiente para helar la sangre en las venas.Las mujeres y los niños se habían cobijado ya en el interior de los refugios, pero los hombres seguían aún alrededor de las hogueras, gozando, con infantil alegría, del trascendental descubrimiento que tenían ante sí: El Fuego.Algunos de ellos habían chamuscado ya sus greñudas melenas, a pesar de que la doctora Hayes les había advertido previamente acerca de los peligros de

las quemaduras.Finalmente, todos fueron penetrando por las entradas de los refugios, y en el exterior sólo quedamos Terry y yo.En su rostro estaban las huellas del cansancio y de la inquietud. A pesar de lo cual, se diría que se sentía muy satisfecha.Sólo se oía el crepitar de los troncos, y nuestras propias respiraciones.La noche no era oscura por completo.Habían transcurrido dos horas de la puesta del sol. Pero aunque no había advertido en el cielo la presencia de ningún satélite luminoso —como nuestra Luna—, el azulado cinturón magnético que envolvía Yon-Itarx, a la altura de su línea ecuatorial, enviaba sobre la superficie del planeta una suave claridad violeta.En el confín occidental de la llanura se produjo un movimiento repentino.Tomé los prismáticos, y miré a través de sus lentes.Vi algo que puso el espanto en mi corazón: gigantescas criaturas, de silueta indefinida, pululaban en el bosque, tronchando árboles de cuatro metros de espesor, y provocando un estrépito angustioso, audible incluso a aquella distancia.Tragué saliva.Porque, ¿qué defensa podían significar las pequeñas hogueras, si uno de aquellos monstruos mastodónticos abandonaba los linderos del bosque y atravesaba la llanura de sal...?

- Terry había dicho: *"El fuego ahuyenta a todos los animales salvajes"*.
- Era cierto..., en la Tierra, donde los animales conocían el fuego, y sobre todo las dolorosas consecuencias de su contacto con las llamas o las brasas.
- Sólo que en Yon-Itarx *no se conocía el fuego.*
- Por otra parte, la luz de las hogueras podía hacer de reclamo para las aves nocturnas y los insectos del planeta en el que nos encontrábamos.Que lo que yo estaba pensando era razonable, lo comprobé en seguida.En el aire se oyó un zumbido tan potente que hería los oídos.Una forma oscura se abatió de repente sobre nosotros, y Terry se arrojó bruscamente al suelo.Yo sentí un tremendo golpe en la cabeza y caí igualmente.No llegué a perder el conocimiento, pero mi cabeza parecía el tambor del Séptimo de Caballería de Michigan, golpeado por las robustas manos de un escocés.Alguien me tomó con gran facilidad en sus manos, y me irguió.Tenía como fondo una de las hogueras, y logré distinguir unos ojos brillantes y una pelambrera hirsuta.— ¡Suéltame! —grité en un alarido.Aquellas durísimas manos me soltaron.Terry vino a mí, en una carrera.Me tambaleé, presa del miedo más horrendo, de la repugnancia y de la cólera.Noté el contacto suave de las manos de Terry sobre las mías.— ¿Quién... quién... quién es este...

individuo? —farfullé torpemente, señalando al nativo que me había ayudado a incorporarme.Pero antes de que Terry respondiese, yo había reconocido a aquel hombre.Era el gigante, el rudo hombretón que había corrido la tarde anterior a rescatar a su hijo de entre los pedipalpos del arácnido.—Es Gurx, el jefe de la tribu —dijo Terry, con voz tranquila—. No temas, John. Gurx es un hombre leal, aunque... un poco tosco. Se ha ofrecido a ser mi *sqotl.*— *¿Sqotl?* —casi masqué el difícil vocablo.— Significa amigo leal en su idioma. Gurx era el único de los nativos que no dormía... Vigilaba por si necesitábamos de su ayuda —me informó Terry—. Abandonó el refugio, en cuanto oyó el zumbido de los *gozls.*— *¿Gozls?* ¿Qué diablos...? —mascullé, impaciente.—Son los insectos nocturnos de Yon-Itarx. John, tienes que convencerte de que todo es aquí superior a lo que nosotros conocemos en la Tierra, e incluso en Tildrich. Los *gozls* miden un metro y pesan treinta kilos... a pesar de lo cual son simples insectos —dijo Terry, como si se dirigiera a un chico de primer grado.Escupí y me estomagué.Tanto que, incluso en presencia del gigantesco Gurx y de Terry Hayes, comencé a vomitar los bocadillos que había devorado unas horas antes.— ¡Insectos de treinta kilos...! —balbucí.Terry se acercó a mí, y me sostuvo amorosamente.¿Amorosamente?Digamos que me ayudó, cuando mi cabeza daba vueltas y mis ideas giraban a un millón de revoluciones por segundo.Al fin, mi mal momento pasó, y yo conseguí sostenerme en pie.Gurx me observaba sin pestañear, imagino que con la misma atención con la que un entomólogo examinaría a un hermoso ejemplar de escarabajo.Pero arriba, por encima de los refugios hinchables y del resplandor de las seis hogueras, seguían zumbando los repugnantes *gozls.*Cuando me sentí medianamente consciente, miré a mí alrededor, y vi a Gurx con nitidez.

- Y *Gurx tenía mi fusil láser entre las manos.*
- Palpaba el arma con suma curiosidad, la manoseaba e... introducía su dedo índice de forma descuidada en el guardamonte, presionaba sobre el disparador, cuando el cañón del arma me apuntaba —quiero creer que casualmente— a mí.Exhalé un alarido
- — ¡Maldito salvaje! ¡Dame ahora mismo eso! Gurx me miró.
- Me miró fijamente, observando mi expresión a la luz anaranjada de las llamas de la hoguera más próxima.Mi rictus no debió gustarle mucho, porque su rostro de hombre de Neanderthal *(1)*, se crispo.¿Fue casualidad o... verdaderamente intuía que aquel fusil láser podía servir para matar?Lo cierto es

que se llevó el arma a la cara, y me apuntó cuidadosamente.Yo di un salto hacia adelante.Un salto desesperado, un supremo intento de arrebatarle el arma antes de que aquel irracional salvaje disparase y... me enviase al infierno.Aterricé a tres metros de él. Y Gurx varió la puntería e inclinó el fusil.Di un grito histérico:— ¡No! ¡Nooooo...!Esperaba ya el rayo destructor, capaz de dejar mi cuerpo seco y acartonado en centésimas de segundo, esperaba la muerte...Esperaba...Abrí los ojos.Terry avanzo tres pasos hacia Gurx, alzó una mano y dijo algo, guturalmente.Gurx se dejó arrebatar fácilmente el arma y... rompió a reír.Tras aquellos instantes de suprema tensión, yo me sentía fatigado hasta la extenuación.Gurx seguía riendo, y su enorme vientre se agitaba al ritmo de sus sincopadas carcajadas.Le hubiera matado..., pero Terry tenía mi fusil entre las manos.Por otra parte, Gurx se aproximó luego a mí, y me tendió amistosamente una mano... para arrancarme de un ciclópeo tirón del suelo.Pasado aquel momento de supremo pánico, yo también rompí a reír de repente.Gurx se quedó muy serio. Luego me señaló, con un contundente gesto de su mano derecha, y coreó mis histéricas carcajadas.—Ven —dijo Terry, al cabo.— ¡Espera! —grité, al ver que se dirigía, en pos de Gurx, a los refugios hinchables.— ¿Adónde vas? —pregunté, con voz ronca.

- *(I)* ***Homo primigenius.*** *Raza humana del paleolítico, extinguida en el último periodo glaciar, que recibe su nombre del lugar del hallazgo (Neanderthal, cerca de Dusseldorf) de un esqueleto de 1,60 m, de cráneo grande, aplastado y frente rehuida, can grandes protuberancias superciliares.*
- Corrí hacia ella, y le arrebaté el fusil con excesiva violencia.—Ellos tienen confianza en nosotros. Se sienten protegidos... Gurx y su esposa, Gahia, me han rogado que nosotros... qué tú y yo, descansemos con ellos en los refugios. Creen que les damos *gluh-ting.*— ¿Qué... diablos es *gluh-ting?* —grité, al límite de la paciencia.Terry se detuvo y apoyó su mano derecha en mi brazo.—Para ellos, *gluh-ting* significa la buena suerte —me explicó con voz susurrante—. Sólo han recibido de nosotros ayuda, apoyo... favores. El hijo menor de Gurx pudo morir destrozado entre las pinzas de ese repugnante arácnido, que luego les ha servido de alimento, pero tú lo evitaste, John. Les hemos dado de comer, les hemos brindado amistad... Nos tienen fe, créelo. Y nos necesitan desesperadamente.
- *"Han recibido de nosotros ayuda...""Salvaste al hijo menor de Gurx...""Les hemos dado de comer, les hemos brindado amistad..."*
- Sonreí amargamente. Gurx esperaba, ante la puerta neumática del refugio más próximo. Pero yo seguía sonriendo.Me reía, me mofaba, me escarnecía a mí mismo.

Porque... todo lo que acababa de decir Terry Hayes era mentira.Yo no había dado a los nativos ninguna ayuda.Si había salvado al hijo de Gurx, se debía a mi propio instinto de conservación, exacerbado cuando vi alzarse de la tierra a aquel monstruo con pinzas.Ni siquiera les había dado de comer, ni les había brindado amistad.La verdad era que todo aquello lo había hecho Terry.

- ella, con toda nobleza, decía "NOSOTROS". —Ven, hace frío —dijo.

- —No puedo dormir... ahí —me resistí—. Esa gente debe oler muy mal.—No huelen mal. Y si olieran... ¿qué importaría? Necesitas descanso, John. Piénsalo, todos dependemos de ti.—Intentas envanecerme —me defendí, sin fuerzas.—Es la verdad. Tú eres el capitán de la *Adventure.* El coronel Williams me dijo que eras uno de los hombres más experimentados y capaces de la Base Hogany... —dijo Terry, con inusitado ardor.—Puedo dormir en la nave...—Ven, por favor. Los niños están inquietos. Tu presencia les infundirá valor y serenidad. Por otra parte, Gurx y otros cuatro hombres se cuidarán, durante el resto de la noche, de alimentar las hogueras. Ven. No les defraudes...

- añadió, con una leve sonrisa:

- — ¿Has olvidado que te consideran el Atxaihli, el dios?

-

- **CAPÍTULO VIII**

- Durante dos días, Terry se dedicó por completo a los nativos.Bajó un completo botiquín de la *Adventure,* y se ocupó de curar las Hagas, las heridas, las afecciones de la piel, las fracturas y toda clase de enfermedades que sufrían los nativos, que eran en total ciento veintidós personas.Yo sufría enormemente viendo cómo ella limpiaba úlceras supurantes, asquerosas, o ayudaba a parir a una mujer embarazada.No podía impedirlo, era superior a mis fuerzas: aquellos seres me producían una intensa repugnancia.Pero Terry los cuidaba, los atendía en todo momento, y charlaba con ellos en el extraño lenguaje itarxita.Entretanto, yo seguía sumido en mis cálculos meteorológicos y geofísicos.Con un resultado decepcionante: no era seguro que los reactores de la *Adventure* poseyesen empuje suficiente para escapar a la colosal fuerza de gravedad de Yon-Itarx.De una cosa sí estaba seguro: de intentarse el despegue, debería realizarse precisamente bajo la línea del cinturón

magnético, el cual compensaba, de alguna forma, la potencia gravitatoria del planeta.Pero todo ello era incierto, aleatorio.En resumen, intentar el regreso a la Tierra podría ser muy bien como buscar una solución urgente, lanzando una moneda al aire: todo dependería de la suerte.Bajo la protección del fuselaje de la astronave, que me defendía de los tórridos rayos solares, había instalado el telescopio del fallecido Dave Miller, nuestro cartógrafo de a bordo.Me habían llamado la atención las elevaciones que se divisaban hacia el Sur.A través del telescopio, pude admirar los imponentes picachos de hasta... ¡treinta y seis mil metros de altitud!En aquellas estribaciones, tenía su guarida la tribu de Gurx, el gigante.Terry me había dicho que el clan estaba formado por unos seiscientos individuos, la mayoría de los cuales habían quedado en sus cuevas da la montaña.

- El telescopio me permitía seguir el altísimo vuelo de horribles pajarracos que bien medirían diez metros de envergadura."Debe ser, para esta gente, una existencia dificultosa, llena de constantes peligros", pensé.
- Si había escorpiones de dos toneladas, capaces de alzar sobre su caparazón veinte toneladas de tierra y rocas, ¿cómo serían los mamíferos superiores, por ejemplo?Parecía existir cierta descompensación entre las distintas criaturas de Yon-Itarx, pero, en cualquier caso, yo adivinaba que sobre la corteza del planeta debían pulular miríadas de monstruosos animales prehistóricos.Sirviéndome del telescopio, me distraje en levantar un mapa de aquella región. Ignoraba si aquella carta geográfica iba a servirme a mí o a otros en alguna remota ocasión, pero el trabajo me daba un poco de serenidad.Aquella tarde, Terry vino a verme a mí "islote" de solitario gruñón.—John, tenemos que ayudar a esta gente —dijo.— ¿Más aún? —respondí, ácido—. Consumen una tonelada de alimentos diariamente, les has regalado utensilios, golosinas y medicamentos que valen una fortuna. ¡Y me pides que les ayude...!Un leve rictus de impaciencia frunció sus labios carnosos, que sabían prodigar ardientes caricias.—No me refiero a regalarles nada. Tenemos que enseñarles —insistió.—Enseñarles, ¿qué? Tienen todo lo que necesitan: sol, aire, agua y comida. No creo que, aparte del sexo, les interese nada más —respondí.Dije aquello, porque les había visto hacer el amor a plena luz del día, sin el menor recato.Y todo ello, para un puritano, criado en un ambiente exquisito, como era yo, todo aquello me impresionaba profundamente, dejando en mi interior una sensación de repugnancia.—Son como niños —les disculpó ella, comprensiva—. Para ellos, el

sexo es algo natural, sin las limitaciones de una sociedad comoˆ la nuestra, constreñida y decadente.Como adivinaba que íbamos a enfrascarnos en una de nuestras violentas diatribas, traté de desviar la cuestión.

- —Concretamente, Terry, ¿qué te propones? —dije. —No conocen el fuego, por ejemplo. No saben cómo producirlo...
- —A bordo, hay docenas y docenas de sofisticados y eficaces encendedores —argüí—. Regálales unos cuantos.—Con los mecheros, no conseguirían nada. En cuanto se les terminase la carga, estarían de nuevo en la misma situación que antes.—Y tú has pensado...Dio la vuelta y se apartó de mí. Volvió con dos hermosos y secos palos cilíndricos, que frotó expresivamente entre sí.—Así lo hacían nuestros antepasados —dijo—. Voy a llamar a Gurx y a algunos de los hombres más representativos de la tribu. Enséñales a hacer fuego, frotando dos palos.— ¡Estás loca! Ni lo pienses —respondí, airado.Pero ella se fue a hablar con Gurx y otros seis hombres, y juntos volvieron y se sentaron en corro a mi alrededor, muy atentos.Me sentía terriblemente ridículo con los dos palos en la mano, pero todos me contemplaban con ansiedad, sin pestañear, y de pronto comencé a frotar los dos palos entre sí con fuerza.Terry dejó sobre el suelo un puñado de finos yerbajos resecos.A los pocos minutos, comencé a sudar copiosamente. Era lógico, puesto que la temperatura era, en aquellos momentos, de cincuenta y seis grados.Transcurrieron treinta minutos, y yo me sentía ya al borde del cansancio. De los malditos palos no surgía la menor voluta de humo.Me dolían las manos, me dolían los brazos, los hombros y todo el cuerpo.Pero yo seguía frotando como un condenado.Luego, súbitamente, surgió el humo azulado. Seguí trabajando todavía unos minutos, y luego aproximé la brasa a los yerbajos, soplé como un fuelle agujereado y ¡surgió la llamita, que prendió rápidamente en la yerba seca!Gurx y sus hombretones prorrumpieron en rugidos de júbilo.Yo me dejé caer, derrengado, pero Terry aprovechó inmediatamente el momento psicológico. Es decir, repartió secos palos entre todos los hombres, que se pusieron a la tarea, con esforzada dedicación.
- También ellos sudaban, rezongaban, jadeaban... como yo.
- Cuando el primero de ellos obtuvo el fuego deseado, todos siguieron en la tarea con mayor ahínco.El resto del día se los pasaron, tanto hombres como mujeres y chiquillos, frota que te frota, con dos palos en la mano.Sin embargo, al anochecer, cuando Terry les indicó que debían obtener fuego para prender las hogueras que habrían de lucir durante toda la noche,

comenzaron a hacerse los remolones, y Gurx señaló insistentemente mi fusil láser.¡El muy bribón! Había aprendido a procurarse fuego, pero le resultaba más fácil y cómodo que fuera yo quien prendiese las hogueras con mis rayos láser.Terry les dijo, en itarxita:—Cuando John y yo abandonemos este planeta, no tendréis el fusil. Debéis bastaros por vosotros mismos.

- aquel razonamiento pareció convencerlos, porque el propio Gurx se puso frotar dos palos.

- Aquella noche, cuando descansábamos en el interior de uno de los refugios, Gahia, la esposa de Gurx, vino a hablar con Terry.No podía entenderles, pero sí pude advertir que Terry me dirigía una fugaz mirada de reojo, y se azoraba ostensiblemente.— ¿Qué te ha preguntado esa mujer? —quise saber.Desvió la mirada, y respondió, confusa:—Gahia... quería saber si tú y... yo... hacemos alguna vez el amor.Me atraganté.
- Pero una emoción indefinible se apoderó de mí. ¿Era, quizá, que añoraba a Terry, que necesitaba sus caricias y su cuerpo?
- No quise pensar en ello.

- como me sentía sumamente embarazado, me puse en pie y salí al exterior.

- Me aproximé lentamente a una de las hogueras, y permanecí unos instantes abstraído en la contemplación de las llamas.De repente, se levantó el viento.Tan fuerte, que algunos troncos encendidos rodaron por el suelo, y la sal alzó un chisporroteo azulado.Lo extraño era que el viento era sumamente cálido.A mi espalda se produjo un jadeo profundo.Me volví y... quedé paralizado de horror.Una monstruosa iguana se había detenido a menos de diez metros de mí.Sus placas dorsales despedían destellos verdosos.Tenía una cabeza enorme, arrojaba chorros de vapor por las anchas ventanillas de su hocico, mostraba dos escalofriantes hileras de dientes, y su larguísima lengua babeante se agitaba en el aire como un grueso látigo.Sus patas eran tan gruesas como las de un elefante africano. A la altura de su garganta, la piel, de color blanquecino, se agitaba como un fuelle al compás de su respiración.Como la mujer de Lot de la cita bíblica, yo me había quedado convertido en estatua, al mirar atrás.Mi terror era tan absoluto que mis músculos estaban duros y envarados como si fueran, de cartón-piedra.¿Qué significaba yo, en comparación

con aquel animal monstruoso, de quince metros de longitud?Un insecto, un bichito fácil de engullir. ¡Y mi fusil estaba en el refugio!La larga lengua de la iguana me flageló un muslo, y dejó sobre mi pantalón una huella húmeda, pegajosa.Sentía el vaho de su respiración como un potente soplo fétido sobre mi rostro, y seguía como hipnotizado el movimiento de sus enormes ojos, brillantes como grandes zafiros.De improviso, el monstruo se puso en marcha.Pasó sobre mí, arrastrándose pesadamente, y me derribó al rozarme con su panza.Su cola se deslizó sobre mí y sus cortantes escamas me hirieron profundamente el muslo derecho.Al cabo, el jadeo se fue alejando hasta extinguirse por completo.Yo permanecí todavía unos minutos tumbado en tierra, sin osar moverme siquiera.Pero mi pantalón estaba empapado en sangre caliente, y ello me obligó a reaccionar.Me incorporé con dificultad.El monstruo había desaparecido. De él no quedaba otro rastro que mi muslo herido, y los profundos surcos que sus patas habían dejado sobre la llanura de sal."Ese bicho, ni siquiera me vio —pensé—. Lo demuestra el hecho de que pasase sobre mí, sin atacarme."Intenté ponerme en pie, pero el dolor de mi herida era tan lacerante que volví a caer al suelo, casi desvanecido.Podía haber gritado, pidiendo auxilio, pero no lo hice. Mi orgullo no me lo permitía.La sangre fluía de mi herida abundantemente.Como había sido arrastrado unos cuantos metros por la panza de la iguana, me encontraba lejos de la más próxima hoguera, y comencé a sentir que el frío —roto el tejido de mi traje termoestable— paralizaba mi pierna derecha.Finalmente, debí desvanecerme.Como en sueños, noté que unos brazos musculosos me tomaban y unos cabellos como cerdas rozaban mi rostro.Volví en mí a la mañana siguiente.Abrí los ojos. Terry estaba junto a mí, contemplándome con gran ansiedad.Un suspiro hondo brotó de sus labios.— ¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó, al cabo de unos segundos.Se lo conté.Terry seguía mi narración con los ojos desorbitados por el miedo y el asombro.—Así que el monstruo no te atacó...—No. Pasó por encima de mí como hubiera pasado por encima de una roca o un tronco. Fueron las placas de su cola las que me hirieron accidentalmente —respondí.La pierna me dolía un poco, pero Terry la había desinfectado convenientemente y me la había cosido.Según ella, yo me encontraba fuera de peligro, y la herida tardaría poco más de una semana en cicatrizar.Sin embargo...—No voy a ocultarte que debes la vida a Gurx —afirmó con severidad—. Yo me había quedado deprimida, rendida por el cansancio. Fue él, que se mantenla vigilante, quien abandonó el refugio y te encontró desvanecido. Había una

enorme mancha de sangre bajo tu pierna.Me incorporé un poco sobre los codos, y la miré con cinismo.— ¿Y eso es lo que tú entiendes por salvarme la vida? —exclamé.— ¿Y lo dudas aún? —replicó, ya furiosa—*s* Habías perdido tanta sangre que no hubieras llegado al amanecer sin una urgente transfusión de sangre. Así que planteé el problema a Gurx y él...Una terrible excitación se apoderó de mí.Intenté elevarme del lecho, pero un ramalazo de dolor subió desde mi pierna herida hasta el cerebro, y hube de desistir.— ¡No irás a decirme que te atreviste a realizarme una transfusión con la sangre de ese salvaje! —clamé, frenético.— ¿Por qué no? —respondió Terry, muy tranquila—. Hice una prueba, y correspondía a tu grupo sanguíneo. Por otra parte, la sangre de Gurx es tan buena y tan sana como la tuya o aun más.— ¡Maldita seas! —bramé—. Hubiera preferido morir, antes que sentir correr por mis venas la sangre de uno de estos seres inferiores.De un bofetón la arrojé al suelo.Me sentía tan exaltado y rabioso, que la hubiera ahogado en aquel momento.Pero en la entrada del refugio apareció Gurx.Ignoro si me había sorprendido abofeteando a Terry, que yacía en el suelo, dolorosamente sorprendida, paralizada por la sorpresa.Gurx avanzó hacia mí.Sus facciones estaban crispadas, y sus ojos reflejaban decisión.Murmuraba algo entre dientes, que yo no podía entender, pero que no debía anunciar nada bueno para mí, a juzgar por su actitud belicosa.De su cinturón de cuero sin curtir, sacó velozmente un largo cuchillo de hueso, y se abalanzó sobre mí.Me aplastó con sus doscientos kilos de hueso y músculo, me sujetó férreamente por la garganta, y alzó el brazo armado.En los ojos de Gurx se reflejaba la muerte. Mi propia muerte.

- Cerré los ojos cuando su musculoso brazo bajó. Simultáneamente, oí el chillido de Terry. — ¡No, Gurx! —su alarido se clavó en mi cerebro—. ¡Suéltalo!
- Abrí los ojos, Gurx miraba a Terry, vacilante.En aquellos segundos, se decidió mi vida.— ¡Obedéceme, Gurx! ¡No puedes matarle, no quiero que lo hagas! —volvió a gritar la doctora Hayes.Lentamente, los gruesos dedos de Gurx aflojaron su presión en torno a mi garganta.Luego se incorporó, guardó su cuchillo bajo el cinturón y me miró.— *¡Atxaihli gun tachar ah, dai spertx...!* —gruñó, mordiendo las palabras. Y se marchó.— ¿Qué ha dicho ese tipo? —pregunté a Terry.—Ha dicho que ahora comprende que no eres un dios, sino un ser despreciable y repugnante —me tradujo.Pero yo rompí a reír a carcajadas.

CAPÍTULO IX

Era el séptimo día desde nuestro aterrizaje en Yon-Itarx.La herida de mi muslo no me permitía desplazarme lejos del refugio.Terry se mantenía siempre más o menos cerca de mí. Pero a juzgar por su expresión, yo sólo podía deducir una idea clara: me odiaba más que nunca.En cuanto a mí, había sufrido terribles pesadillas, durante las últimas noches.Soñaba que me crecía bruscamente la barba y los cabellos, que me convertía en un ser primitivo, salvaje y elemental... como Gurx.A veces, soñaba también con la monstruosa iguana que me había desgarrado el muslo. La veía avanzar sobre mí con las mandíbulas entreabiertas, y oía su pavoroso crujir de dientes...Durante tres días, sufrí numerosas alucinaciones.Por ejemplo, veía a mi padre, Jonathan Watford, erguido y enjuto, señalándome machaconamente con un dedo rígido:—Ya te lo advertí, John. Era una locura... ¿Qué necesidad tenías de probar tu valor, tu sentido de la independencia? Te empeñaste en ingresar en el Centro de Adiestramiento para Pilotos en la Base Hogany..., cuando tu sitio estaba entre los de tu clase. Ahora debes estar arrepentido... ¿Podría compararse el sucio bar de la Base con el aristocrático y selecto Victorian's Club? Tú estabas llamado a ser el honorable John Edward Watford, heredero de una inconmensurable fortuna, alabado por todos, envidiado por todos, ocupando un puesto excelso entre las personas de nuestro círculo. Sin embargo, tus preferencias se inclinaron hacia la aventura y lo incierto. ¡Cómo lamento tus errores, hijo mío...!En mis sueños, también veía a mi madre, lady Margaret Watford, una mujer alta, delgada, enjuta, afectada, decadente, artificial... —Me matarás a disgustos, con tus locos proyectos, querido Johnny —le oía decir, enjugándose con afectación una lágrima imaginaria—. Pero antes de enfermar prefiero arrancar tu recuerdo de mi débil corazón.También apareció una noche el espectro de mi tío carnal, el flemático y pausado Paul Watford:

—Los negocios, hum... Los negocios, querido John, suponen la clave de la estabilidad, hum... En verdad, un joven como tú debiera dejarse guiar siempre por un veterano que, como yo, hum... posee la experiencia suficiente para convertir tus recursos económicos en saneados beneficios que, hum, al cabo de unos años, te darían la posibilidad, hum... de convertirte en un hombre poderoso e independiente. Sin embargo, John, debo

hacerte la salvedad, hum... de que...Todos ellos habían muerto ya, y sólo eran un recuerdo.Yo me había marchado de casa porque allí todo parecía acartonado, inmóvil, eterno, mohoso.Naturalmente, no podía negar mi afecto a aquellos espectros: al de mi padre, al de mi madre, al del tío Paul.Pero me había alejado de ellos porque nada positivo podían ofrecerme... excepto su ansia de que todo continuase igual por lo siglos de los siglos, y su veneración hacia sí mismos y, en segundo grado, a los que formaban parte de su círculo económico-social.Antes de llegar a la Base Hogany, en Texas, yo había pasado por el vía crucis de afrontar un matrimonio de conveniencia con una ridícula señorita de Boston, llamada Clarencine McPityward.Clarencine parecía arrancada de un álbum Victoriano.Era sumamente delgada, casi impalpable. No poseía, siquiera de forma remota, la apariencia física que yo hubiera deseado en una mujer, cuando más en una esposa.Sus pechos eran prácticamente inexistentes y su silueta, en una palabra, carecía de esas rotundas curvas que tanto encalabrina a cualquier hombre.Yo la llamaba Cine, y ella se irritaba por ello, porque prefería que la llamasen Clarry.Desde luego, nuestro matrimonio fue forzado por mis padres o los de Cine. ¿O deberé llamarla Clarry?Lo cierto es que yo no sentía por ella ni afecto ni atracción física.En tales circunstancias, se puede imaginar nuestra noche de bodas e incluso los días que siguieron a aquella memorable fecha.Clarencine advirtió en seguida que yo no sentía nada por ella. Y se enfureció.Terminamos en seguida. Y ello se debió —afortunada ocurrencia— a que, después de una breve disputa, le solté algo tan vulgar como lo de:—No vale la pena discutir contigo. ¿Qué podía decirle un hombre a una escoba con faldas?De todas formas, mi fugaz matrimonio con Clarencine me había dejado un desagradable sabor de boca. Tanto que yo me había prometido a mí mismo no volver a casarme con mujer alguna.Después de aquello, viví algunos años como un muñeco. Como un muñeco de oro eso sí, porque la fortuna de los Watford era una de las primeras del mundo.Tenía mujeres, ambiente, fiestas, lujo, viajes de placer... Todo cuanto un joven pudiera ambicionar.Pero al cabo del tiempo, me di cuenta de que me sentía horriblemente vacío.No me llenaba la clase de vida que mi fortuna podía permitirme.Era un bichito inútil, una partícula vana, alguien de quien se podría prescindir fácilmente, sin que nada se trastocase en este mundo.Y en cuanto tuve conciencia de ello, me enfurecí.Yo había estudiado durante muchos años en la Universidad, y poseía una formación sólida, completísima.Si quería realizarme, habría de dedicar mi

vida a cosas muy diferentes.

- de repente, me presenté en la Base Hogany, y me entrevisté con el mayor Anthony O'Reilly, subdirector del Centro de Adiestramiento para pilotos del Espacio.

- No dije nada a nadie. Mi matrimonio con Clarencine se había resuelto mediante el divorcio, y mis padres me suponían en Extremo Oriente, dándome la gran vida a bordo de un yate.
- Supongo que mi padre diría algo como: — ¡Pobre John! Lamentablemente... No tiene el espíritu de empresa de los Watford. Jamás...

- mi madre:

— ¡Jamás lograré superar mi disgusto! ¡Había puesto tanta ilusión en que Johnny y Clarencine formasen el mejor matrimonio de todo Boston...!

Para el tío Paul, sólo cabría algún comentario así:

—Todo Boston, hum... Todo Boston hubiera estado a sus pies, hum... Si se hubiera guiado por mis consejos, en cuestiones financieras, hum... Pero los imponderables que siempre surgen en cualquier empresa, hum...

Por mi parte, sólo me guiaba un objetivo: superar los durísimos cursos de adiestramiento en la Base Hogany.

Fueron dos años angustiosos, de difícil prueba.

Finalmente, John E. Watford fue citado como piloto de naves espaciales. Y cuando piloté una vieja *World-Master* hasta la Base-Europa, en la Luna, comprendí que había logrado situarme donde yo quería, libre de la influencia de mi ambiente familiar y de las personas que lo formaban.

Sin embargo, no fui capaz de liberarme de todo lo que hasta dos años antes había conformado mi mundo.

Entre los centenares de pilotos espaciales que dependían de la Comisión Internacional de Investigación Espacial, yo me consideraba, en cierto modo, algo aparte.

Era más rico, más distinguido, más...

Durante seis años, había volado a través de las rutas siderales. Me había curtido en el riesgo y en la aventura, y me había tornado más serio y responsable.

Pero John Watford seguía siendo uno de los miembros de una clase excelsa, diferente, escogida, superior...

Por eso me había sentido profundamente ofendido cuando la doctora Hayes se había permitido la libertad de transferirme nada menos que la sangre de un salvaje de Yon-Itarx, de un ser elemental, de rango inferior...

Afortunadamente, mis padres jamás tendrían noticia de aquel hecho, porque habían fallecido unos años atrás.

No tendrían que afrontar el oprobio de saber que la sangre de los Watford-Synclair había llegado a mezclarse con la de un tipo como Gurx.

* * *

Gurx me fabricó algo que, aunque remotamente, parecían unas muletas.

Vino a ofrecérmelas, la mañana del día octavo.

Yo llegaría a saber, después, que aquel salvaje había dedicado más de sesenta horas en construir aquel par de rudimentarias perchas que, de todas formas, me permitían desplazarme lentamente, sin lesionar mi pierna herida:

Para Gurx, un ser primitivo que apenas poseía inteligencia ni habilidad manual, debía haber supuesto un trabajo ímprobo fabricar aquel par de muletas de madera pulida.

Traía un gesto hosco, cuando penetró aquella mañana en el refugio donde yo yacía.

Murmuró algo entre dientes, y dejó las muletas al alcance de mis manos.

Y en seguida se marchó, cuadrados los imponentes hombros y

elevado el feroz mentón.

Terry, que estaba a unos pasos, me miró de soslayo. Pero no hizo el menor comentario.

Tampoco yo pronuncié una sola palabra.

Me limité a incorporarme sobre el lecho, tomar las muletas y... ponerme torpemente en pie.

Salí del refugio, arrastrando la pierna herida.

En el exterior, los hombres, mujeres y niños de Yon-Itarx, demostraban una actividad inusitada.

A la sombra de la *Adventure,* habían montado un rudimentario taller. Las herramientas eran tan elementales como los cuchillos de hueso, los martillos de pedernal y los arcos de sierra formados por las mandíbulas de grandes reptiles.

Todos trabajaban, allí. A pocos pasos, vi una gran armazón de madera que formaban una plataforma de troncos unidos entre sí por resistentes agujas de hueso y reforzados con fibras de tendones desecados.

En el suelo, Gurx había dibujado un círculo de unos dos metros de diámetro sobre el blanco polvo salino.

Había puesto sobre aquel dibujo dos gruesos tablones que se adaptaban a la forma redondeada del círculo, y estaba dándole forma, con su cuchillo de hueso, a un tercer tablón.

En cuanto oyó el rumor de mis pasos arrastrados, se volvió. Me dirigió una mirada intensa, penetrante, como si tratase de penetrar hasta mis más íntimos pensamientos.

Mi expresión debía ser relajada, normal, porque en seguida me ignoró y volvió a dedicarse a su trabajo, con denodado ímpetu.

Estuve viéndoles trabajar durante largo rato.

Algunos hombres arrastraban troncos desde el confín este de la llanura, otros los devastaban con hachas de sílex, algunas mujeres los aserraban penosamente por la mitad, con una de aquellas grandes mandíbulas de reptil.

Los niños se entretenían en fabricar clavos de hueso, lijándolos

con piedra arenisca.

Todo aquello… era mortificante. Bregaban, sudaban, se esforzaban sin cesar, a un ritmo vertiginoso, sin pausas.

El suyo era un trabajo difícil, rudo, fatigoso, casi sangriento.

¿Para qué todo aquel inhumano esfuerzo? Yo no tenía una noción exacta de lo que se proponían, pero no dejaba de considerar que a bordo de la *Adventure* existía un completísimo taller, dotado de toda clase de máquinas-herramientas, capaces de convertir en un juego la labor más complicada.

Terry salió del refugio algún tiempo después. Se protegía del sol con un simple pañuelo sobre la cabeza, y la vi recorrer los diversos grupos de trabajadores, intercambiando algunas palabras con cada una de las personas que los componían.

Luego, sin intención de conversar conmigo, se detuvo a unos metros del lugar donde Gurx trabajaba y yo contemplaba sus increíbles esfuerzos para dar forma al grueso tablón que tenía sobre sus rodillas.

La observé.

Estaba más delgada, y sus facciones aparecían demacradas.

¿Tanto había padecido por mi causa?

Quise decirle algo, pero las palabras se detuvieron en mi reseca garganta.

Terry se separó de nosotros, llenó un recipiente de agua en el conducto que habíamos dispuesto bajo el fuselaje de la astronave, y fue dándoles de beber a todos, hombres, mujeres y niños.

Y sabía hacerlo como si aquello, en lugar de ser una tarea pesada, constituyese el más celestial de los placeres.

Gurx bebió abundantemente, hasta que el agua le manchó el velludo pecho.

Como vi que Terry se alejaba, la llamé.

—Dame un poco de agua. Por favor —pedí.

Me miró con una expresión de extremada incredulidad.

—Iba por otro recipiente —respondió—. Supongo que tú no querrás beber donde han bebido ellos.

Apreté las mandíbulas.

— ¿Por qué no? —respondí, forzando torpemente una sonrisa—. ¿Qué pueden contagiarme ellos de malo, que yo no pueda transmitirles como contrapartida?

El semblante de Terry Hayes se iluminó con una tímida sonrisa.

Vino hacia mí, con paso decidido, y me ofreció el recipiente.

Yo lo tomé en mis manos, apoyado precariamente sobre las muletas, lo alcé y bebí directamente sobre el cuello de la vasija.

—Gracias —dije, cuando terminé.

Terry me miró, como preguntándose... *"Pero, ¿qué clase de milagro puede haberse producido para que el orgulloso John Watford comience a manifestarse como un ser de carne y hueso...?"*

Aprovechando que estaba junto a mí, le pregunté:

— ¿Qué es lo que hacen? —y señalé a Gurx y sus camaradas.

—Les he explicado que la base de la locomoción sobre el suelo es la rueda. Gurx ha captado rápidamente mi idea. ¿No lo ves? Está construyendo una rueda. Otros hombres y mujeres se ocupan de armar una plataforma. Cuando todas las piezas estén terminadas, ensamblarán una gran carreta sobre cuatro ruedas, capaz de transportar a treinta o cuarenta personas —explicó, sin mirarme directamente.

—Pero... ¡Es absurdo! —salté inmediatamente—. La idea no es mala, pero sí es defectuoso el método utilizado para hacerla posible. En la nave disponemos de un gran taller, que haría fáciles todas esas tareas. ¡Me parece estúpido permitir este mortificante trabajo! ¡Mira las manos de Gurx, de esas mujeres! —clamé, muy excitado—. ¡Están sangrando! ¡Y todo ello podría evitarse...!

Terry me contempló boquiabierta.

— ¿Es posible que te preocupen estas criaturas? —preguntó, asombrada.

Su comentario tuvo la virtud de desconcertarme.

Muy embarazado, respondí al cabo:

—Aunque sólo fuera con el fin de librarme de ellos cuanto antes... —gruñí, inquieto—. Creo que podríamos bajar hasta aquí algunas máquinas del taller del pobre Crestón. Sacaríamos una toma de fuerza y...

Pero Terry denegó insistentemente, con sendos movimientos de cabeza.

—Eso no serviría de nada... Es como nuestra enseñanza respecto al fuego, ¿recuerdas? Ellos preferirían un mechero o un fusil láser para formar una hoguera, pero si algún día logramos despegar de Yon-Itarx, de nada les valdría nuestro regalo. Sí, en cambio, nuestras enseñanzas, a escala de su rudimentaria cultura. — ¿Quieres decir qué...?

—Que podríamos construirles en pocos días varias carretas de las que ellos necesitan para trasladarse y transportar sus pertrechos y piezas de caza... pero de ese modo jamás aprenderían a valerse por sí mismos y a utilizar los medios que tienen a su alcance —pronunció con toda claridad la doctora Hayes.

Era toda una lección, y la asimilé de buen grado.

Desde luego, tenía toda la razón. Pero ¿cómo una joven mujer de veinticinco años había logrado aquilatar tanta sabiduría, tan envidiable experiencia...?

Hablamos durante largo rato aquella tarde, hasta que llegó el oscurecer. Y caso extraño, fue la primera vez, desde Tildrich, que no terminamos riñendo violentamente.

Cuatro días después, tras un trabajo llevado a ritmo lento, pero muy laborioso y constante, Gurx y su tribu habían conseguido armar una enorme y sólida carreta de cuatro ruedas.

Los hombres gozaban empujando el elemental y pesado artilugio, y se maravillaban al comprobar que era más fácil tirar del vehículo sobre ruedas que de sus arcaicas plataformas de troncos.

Sin embargo, al día siguiente, estaban construyendo otro carromato similar.

Comían cantidades ingentes de alimentos, y habían consumido la mitad del agua potable de la reserva de a bordo, pero trabajaban... como esclavos.

Casi se cumplía el mes de nuestra estancia en Yon-Itarx.

Se habían sucedido múltiples y dramáticos acontecimientos. Una noche, dos docenas de monstruosos arácnidos se habían acercado al campamento, y habían destrozado uno de los refugios con sus durísimas y pesadas pinzas.

Gurx había sido el primero en reaccionar. Prorrumpió en guturales alaridos y despertó a Terry, que dormía pesadamente.

Yo desperté de mi sueño para contemplar una escena dantesca: el refugio se había desinflado, como consecuencia de los grandes desgarrones, y Terry disparaba mi fusil láser contra las bestias que asomaban sus pinzas de ocho metros, semejantes a las palas de las máquinas *bulldozers,* dentro del recinto.

Yo mismo hube de saltar fuera de mi lecho, y rodar pesadamente sobre el piso para evitar que uno de aquellos monstruosos arácnidos me destrozase.

Fue una noche de pesadilla.

Terry disparaba locamente el fusil, y yo me estremecía imaginando que, en su atolondramiento, pudiera alcanzar mortalmente a alguno de los niños que dormían en aquella zona del refugio.

Los monstruos, heridos o fulminados, soltaban potentes chorros de jugo vital, que llegó a cubrir el piso como si nos encontrásemos en mitad de una espesa ciénaga.

El campamento quedó prácticamente devastado.

Los cuerpos de los arácnidos, ya muertos, rodeaban los refugios y el suelo salino aparecía manchado por espesas aglomeraciones serosas, que comenzaron a descomponerse en cuanto el sol apareció en el horizonte.

Para los nativos, el día siguiente fue una jornada triunfal. Disponían de carne fresca en cantidades tan ingentes que no podrían consumir antes de que los enormes cuerpos de los arácnidos se empezasen a descomponer.

Era asombrosa la capacidad de asimilación de aquellas gentes. Y ello, en todos los sentidos.

La mayoría de ellos —cuantos se cobijaban en el refugio Uno—, habían vivido una noche de horror, pero al día siguiente nadie se acordaba ya de los momentos de pánico sufrido.

Debía suponerse que poseían una enorme capacidad para olvidar, algún mecanismo interior y complejo, que les obligaba a gozar de cada momento de la vida, sin que el pánico de anteriores episodios influyese para nada en su ser consciente.

Aquel día, se celebró una gran fiesta en el campamento.

Por la mañana, los hombres abrieron los caparazones de los arácnidos gigantes y, sirviéndose de sus hachas de sílex y sus cuchillos y machetes de hueso, arrancaban enormes lonchas de la blanca carne de los animales, que después salaban y colocaban al sol para convertirlas en algo semejante a la cecina.

Después, prendieron una gran hoguera y asaron colosales pedazos de viandas, tal como Terry y yo les habíamos enseñado. Aunque estaban habituados a devorar la carne cruda, pronto se habituaron a consumirla asada.

Saltaban y reían como niños alrededor de la lumbre, e incluso se permitían algunos desgarrados y excitados cánticos.

Me sorprendió su capacidad para aprovecharlo todo.

Vaciaban los caparazones para utilizarlos como grandes vasijas para agua, convertían en otras vasijas más pequeñas las pinzas de los bichos, y fabricaban abalorios, adornos e incluso armas con los restos de los animales muertos.

Sin embargo, cuando calentó el sol, el hedor alrededor del campamento era insoportable.

A través de Terry, insinué a Gurx que debían aprovechar la carne que pudieran convertir en cecina, y calcinasen los restos antes de que las gigantes hormigas de Yon-Itarx acudieran en tropel a darse el gran banquete.

Yo no había visto ninguna hormiga, pero los nativos aseguraban que los himenópteros de su planeta llegaban a alcanzar el metro y medio de longitud, y daban muestras de su voracidad escalofriante.

Por fortuna, mi idea fue llevada a la práctica, poco después del mediodía. Entre todos, reunieron los restos a cincuenta metros del

campamento, los cubrieron con grandes troncos, y formaron una enorme pira que exhalaba un hedor acre y desagradable.

Hubo que desechar el refugio destrozado, y cambiarlo por otro nuevo, que Terry trajo de la astronave.

Durante las dos semanas siguientes, los nativos prosiguieron sus trabajos con gran ardor, hasta que hubieron dado fin al ensamblaje de las cuatro carretas.

A la mañana siguiente, Terry me despertó bruscamente.

— ¿Qué ocurre? —murmuré, aún adormilado—. Se diría que acabases de ver al mismísimo Satanás…

—Algo peor —respondió, aterrada—. Gurx se ha marchado, solo. Lo hizo en secreto, en cuanto salió el sol. Sólo se lo dijo a su esposa, Gahia. Ella es la que me ha informado.

CAPÍTULO X

Me incorporé sobre los codos.

— ¡Ese loco...! —exclamé—. ¿Qué se propone exactamente?

—Necesita a los *gilps.* Sus búfalos son imprescindibles para arrastrar las carretas que han de transportarlos a todos hasta su campamento de las montañas —respondió Terry.

—No llegará nunca a su destino —dije, hondamente preocupado —. Con este calor tórrido, sus sesos se derretirán antes de alcanzar el confín de la llanura. Y eso, sin contar con los monstruos que pululan por los alrededores.

Terry se mordió los labios.

—Sólo existe una solución —dijo, observándome de reojo—. Hay que salir a buscarle, antes de que ocurra lo peor.

Me alcé de un brinco, muy inquieto.

— ¿Acaso pretendes que me aventure a lo largo **de** esta maldita llanura? —grité—. Si es así, debes saber que no poseo vocación de mártir.

—Lo suponía —respondió ella, con velado reproche.

La verdad era que yo sentía un miedo cerval.

Cierto que podíamos hacer descender un "trans", vehículo eléctrico para seis personas, capaz de recorrer más de cien kilómetros. También poseía mi fusil láser, pero...

Desde la noche de mi encuentro con la iguana gigante, yo sentía un temor supersticioso hacia los monstruosos bichejos de Yon-Itarx.

—Gurx tiene la culpa —gruñí, a modo de disculpa—. Es un exaltado, un suicida, un loco... ¡Él se lo ha buscado!

Terry no añadió una sola palabra. La vi abandonar el refugio, y yo me dejé caer pesadamente sobre el lecho, con la sensación de que, a partir de aquel momento, el odio que Terry sentía hacía mí se vería incrementado por el desprecio más intenso.

Debí sospechar que ella se proponía una solución a la desesperada. Pero no tuve evidencias de ello hasta que, un cuarto de hora después, escuché un familiar "run-run".

Me puse en pie, sin ayuda de las muletas —mi herida había cicatrizado ya, y no me molestaba— y corrí con todas mis fuerzas hacia el exterior.

Un "trans" se alejaba hacia el Sur. Y no cabía duda de que era Terry quien lo pilotaba.

Locamente, corrí en pos del vehículo, pero me llevaba demasiada ventaja para poder alcanzarlo.

— ¡Loca, loca, mil veces loca! —bramé, alzando los brazos en un gesto de impotencia.

Volví sobre mis pasos lentamente.

Los nativos se habían apiñado a la sombra de la *Adventure,* y tenían una expresión hosca y triste, como si barruntasen alguna desgracia.

No tardé mucho en decidirme.

Sobre el costado lateral izquierdo de la nave estaba aún tendida la rampa de descenso.

Ascendí por ella, y penetré en el hangar de vehículos. Subí a uno de los tres "trans" que albergaba, y lo hice descender.

Luego corrí hasta el refugio, y tomé mi fusil. Minutos después, me alejaba hacia el Sur.

Forcé la marcha, ansioso por divisar el vehículo que transportaba a Terry.

No hacía aquello por amor, sino por puro egoísmo.

Porque... ¿qué sería de mí, en Yon-Itarx, rodeado de salvajes, solo..., si Terry sucumbía...?

A pesar de mis visores antisolares, el sol me deslumbraba. La llanura de sal brillaba como un ascua de plata, y el aire se había tornado prácticamente irrespirable.

Unos diez kilómetros más allá, un gran promontorio salmo se alzaba en mitad de la llanura, a unos diez kilómetros de distancia.

El "trans" apenas podía alcanzar una velocidad de dieciséis kilómetros por hora, y yo me desesperaba de pura impaciencia.

Todo estaba en calma. El viento no se movía. Sólo el sol, allá arriba, enviaba sus ardorosos rayos sobre la inmóvil y silenciosa llanura.

Poco a poco, me fui aproximando al enhiesto promontorio de unos trescientos metros de altura.

Un grito de alegría se escapó de mis labios, al distinguir la silueta familiar del "trans" de Terry, detenido al borde del promontorio.

Pero cuando, quince minutos después, me detenía junto al vehículo, me sentí dolorosamente sorprendido, al hallarlo vacío.

¿Por qué había abandonado Terry la seguridad del "trans"? ¿Dónde se encontraba ella ahora?

Sentí un terrible nudo en la garganta, y la angustia me impidió reaccionar durante los primeros instantes.

Arriba, en el promontorio, resonó un seco crujido, seguido de un sonoro estrépito.

Inmediatamente, colosales bloques de sal se desprendieron de las alturas y se disgregaron espectacularmente sobre el suelo, apenas a unos metros de distancia de mis "trans".

Puse el vehículo en marcha para alejarme de aquel peligroso lugar, y seguí adelante.

Me imaginé que la tórrida temperatura era la responsable de aquellos derrumbamientos, al recalentar hasta elevadas cotas su masa salina.

De repente, oí un furioso batir de alas, y una enorme criatura alada, semejante a los pterosaurios de la Prehistoria terrestre, se abatió a cien metros de distancia tras una colina de sal y... desapareció.

El pánico se apoderó de mí, ante la visión de aquella bestia. A pesar de lo cual, seguí adelante hasta rebasar la loma.

Me detuve en lo alto.

Desde allí, podía divisar la gran hondonada en cuyo fondo se posaban hasta una docena de las descomunales aves.

Un grito salió de mi garganta, al descubrir el puntito que se movía en el fondo... ¡Era Terry!

Con manos temblorosas, tomé el fusil y descendí.

Hice pantalla con una mano extendida sobre mis ojos, y descubrí a Gurx, tendido en tierra, inmóvil.

Terry corría en auxilio de Gurx, ajena al peligro que estaba corriendo en aquellos momentos, pues los pterosaurios aguardaban, vigilantes, posados sobre los picachos inferiores de la cantera salina.

Uno de aquellos monstruos, más audaz, se cernió en el aire de repente, y planeó con sus larguísimas alas extendidas en dirección a la doctora Hayes.

Alcé el rifle, despavorido.

Pero no llegué a disparar, pues el monstruo volador cubría con sus alas la silueta de Terry, y mis disparos podrían alcanzarla también a ella.

El pterosaurio pasó en su vuelo rasante sobre ella y... la derribó

en tierra, con un poderoso golpe de sus aceradas uñas.

Perdí el tiempo lastimosamente, dominado por el pavor. Porque, en seguida, la gran rapaz volvió en vuelo planeado sobre el lugar en que había caído mi compañera.

Disparé hasta tres veces, antes de que el pajarraco se estremeciera convulsivamente en el aire.

Oí sus horribles graznidos agónicos, y luego el pterosaurio cayó a tierra pesadamente, alzando en el aire una nube de polvo blanquecino.

Volví rápidamente al "trans", y lo puse en marcha. Al abordar la pendiente, el vehículo cabeceó peligrosamente a punto de volcar, pero sus orugas se agarraron finalmente al suelo, y continuó descendiendo a buena velocidad.

Por encima de mi cabeza sobrevolaban los pajarracos, lanzando poderosos graznidos. Posiblemente, se sentían inquietos, espantados ante el efecto del potentísimo rifle láser.

Las uñas del pterosaurio habían desgarrado su traje y su espalda, y la sangre brotaba aún de las heridas.

No había perdido el conocimiento, pero su estado de debilidad era evidente.

Rápidamente, la alcé en mis manos y lar llevé al "trans". Me reconoció en seguida, y forzó una débil sonrisa. Pero sus facciones estaban marcadas por terribles quemaduras solares, como consecuencia de la caminata desde el promontorio a la hondonada.

Sin perder tiempo, puse el vehículo en marcha de nuevo, y alcanzamos el lugar, donde yacía el gigantesco Gurx.

También él estaba herido, aunque al principio temí que estuviera muerto. Su hirsuta pelambrera estaba manchada de sangre, reseca ya.

Lo tomé por un brazo, y traté de cargármelo al hombro, pero resultó una empresa superior a mis fuerzas... Naturalmente, Gurx pesaba más de doscientos kilos.

Un pterosaurio se abatió súbitamente sobre nosotros, y sus uñas llegaron a enredarse en mis cabellos.

Supongo que fue el peligro lo que me obligó a sacar fuerzas de flaqueza. Lo cierto es que, un momento después, Gurx y yo estábamos a bordo.

No había hecho más que poner en marcha el vehículo para girar sobre las orugas, cuando oí el furioso aletear, y el "trans" se conmovió, a punto de volcar.

Los pajarracos, excitados, veían marcharse su presa, y no parecían resignarse fácilmente a dejarnos partir.

Por fortuna, el "trans" pesaba casi dos toneladas, y suponía una "presa" excesivamente dura de pelar para los peligrosos pterosaurios.

Mientras ascendíamos lentamente la pendiente, los pajarracos hicieron aún dos o tres pasadas sobre el vehículo.

Yo podía oír el chirrido de sus uñas sobre la metálica carrocería del "trans", al tiempo que el vehículo se estremecía por efecto de sus violentísimos embates.

Cuando las orugas del "trans" escalaron la pendiente, los pterosaurios debieron dar por perdida la presa, puesto que, a partir de aquel momento, no volví a divisar sus agoreras siluetas, y la marcha prosiguió sin incidentes hasta alcanzar el campamento establecido alrededor de la astronave *Adventure*.

CAPÍTULO XI

— ¿Lo... hiciste... tú? —murmuró Terry.

Su rostro, como el mío, como el de Gurx, que yacía sobre un camastro a pocos metros, estaba cubierto de las costras de las quemaduras solares.

— ¿Te refieres a la cura? ¡Qué remedio...! —respondí esquivo—. No poseo otros conocimientos médicos que los que conocería cualquier socorrista, pero he hecho todo lo que podía: desinfecté vuestras heridas, cosí..., inyecté antibióticos...

—Bravo —murmuró Terry, que todavía se sentía muy débil.

Anduve de un lado a otro, sumamente embarazado.

Y al cabo, volví junto a ella.

— ¿Qué fue lo que ocurrió? —indagué.

Terry se humedeció los labios, poblados de costras.

—Gurx... estaba seguro de que los *gilps* habían vuelto a sus establos de las montañas, puesto que, a pesar del fiero aspecto de esos búfalos y de su formidable corpulencia, se trata de animales domésticos, criados en cautividad por los nativos. Necesitaba a los *gilps* para llevar a su gente a Yiram, su aldea de las montañas, y no vio otra solución que emprender el camino hasta allá...

"Durante el trayecto, Gurx se había detenido a descansar un momento al pie del promontorio de sal.

"La altísima temperatura hacía estallar intermitentemente los bloques, y provocaba continuos derrumbamientos.

"Uno de ellos pilló a Gurx, recobrando el aliento a la sombra del promontorio. Cayó al suelo, herido en la cabeza, pero a viva fuerza, consiguió emerger entre las toneladas de sal que le habían sepultado, y prosiguió su camino...

"Estaba herido y deslumbrado, y su rostro barbudo se había cubierto ya de pústulas.

"Cayó rodando a la hondonada, se incorporó, avanzó..., hasta que finalmente la pérdida de sangre y el cansancio le vencieron. Yo le vi en la lejanía, y salté fuera del "trans", dispuesta a ayudarle. Pero esos horribles pajarracos carroñeros...

No había más que contar. ¿Para qué?

Todo aquello se podía haber evitado.

Gurx hubiera tenido que confiarse a Terry o a mí, ella debería haber sido menos loca; yo..., menos cobarde.

Cada vez que miraba el rostro lleno de costras de Terry Hayes, experimentaba una terrible angustia, que me impedía hablar.

Ella, una de las más bellas mujeres que yo había conocido, tenía un aspecto monstruoso.

Y yo mismo...

La primera vez que me miré a un espejo, di un respingo, asustado.

¡Dios santo! Mi rostro, cuidadosamente afeitado cada día, había sufrido más aún que los de Gurx y Terry. El primero porque la barba le había servido de protección, la segunda, por el pigmento oscuro de su piel.

—Sé lo que piensas, John —me dijo Terry, en una ocasión en que yo la contemplaba, angustiado—. Mis facciones están tan deformadas... como las tuyas. Pero ello carece de importancia. Gurx y yo vivimos... gracias a ti. Y eso es lo único importante.

.Sentí ganas de llorar. Pero no lo hice porque, más allá, Gurx me miraba fijamente, a través de sus penetrantes ojos oscuros.

Aquella tardé intenté, por enésima vez, la comunicación con la Tierra o con alguna de las astronaves que cubrían las rutas siderales, en las proximidades de Yon-Itarx.

Desde la cabina de navegación de la *Adventure,* envié un desesperado SOS al espacio.

Necesitaba hablar con alguien, sentir la confortante respuesta de un terrestre. Pero todas mis tentativas fueron inútiles.

El poderoso cinturón magnético que cubría la línea ecuatorial del planeta —cuya fuerza había impedido que la *Adventure* se estrellase— impedía también cualquier tipo de comunicación a través de las ondas.

Finalmente, muy abatido, descendí de la nave.

Los hombres y mujeres de la tribu parecían tan desalentados y huraños como yo. Sólo algunos niños jugaban alrededor de los restos calcinados de los arácnidos.

Transcurrieron tres días.

El agua potable de a bordo comenzaba a escasear, y tuve que racionarla.

Los indígenas acogieron el racionamiento con cara de pocos amigos. Gruñían y cambiaban comentarios en voz baja, y me miraban atravesadamente, cuando creían que yo no podía verlos.

Gurx mejoraba día a día. Había intentado levantarse varias veces, pero yo no se lo había permitido… gracias a la intervención de Terry.

Sin Terry, sin Gurx, yo me sentía desalentado para hacer frente a tantos problemas. Y el primero de ellos era la imposibilidad de poderme comunicar con los nativos… puesto que yo no había puesto el menor interés en aprender su lenguaje.

Gurx mejoraba. Pero Terry permanecía casi todo el día en un estado semiinconsciente.

Los profundos arañazos de su espalda se habían infectado, y yo me había visto obligado a retirar la sutura y a limpiar nuevamente la herida, que presentaba muy mal aspecto.

Cada día le inyectaba antibióticos, pero su estado de gravedad persistía.

— ¡Por amor de Dios, Terry! —le rogaba—. ¡Ayúdame! ¡Dime qué debo hacer! Posiblemente, tú conozcas algún medio que me permita curarte.

Ella solía sonreír débilmente, y denegaba con la cabeza.

Las costras de su cara habian caído ya, y su expresión era casi normal, aparte de las manchas blanquecinas que aún salpicaban sus facciones.

Pero lo peor no era aquello.

Día por día, Terry iba perdiendo peso, y sus heridas no terminaban por cicatrizar.

—Haz un esfuerzo, te lo ruego —le suplicaba yo—. Se diría que te estás dejando morir.

Ella no afirmaba ni negaba. A veces, su estado de inconsciencia duraba hasta seis horas, y yo me sentía cada vez más preocupado.

En el exterior, los nativos permanecían todo el día pasivamente tirados a la sombra de la *Adventure,* en la posición más indolente.

Habían perdido toda su capacidad para trabajar, para procurarse alimento, para todo...

Yo tenía que poner a su disposición las restantes existencias de alimentos y agua, incluso alimentar y mantener las hogueras al anochecer.

Aunque apenas dormía durante el día, mis sueños estaban poblados de pesadillas.

La que más solía atormentarme era aquella visión, en la que podía contemplar a Terry en su lecho, disminuyendo cada día, extinguiéndose lentamente, muriéndose sin pausa, minuto a minuto, hasta que su cadáver — ¡su cadáver!— iba desecándose hasta terminar convertido en un esqueleto.

También me veía a mí mismo derramando raudales de inútiles lágrimas, postrado a los pies de aquel esqueleto, que yo besaba y acariciaba locamente, desesperadamente.

Solía despertar con el cerebro abotagado, y los sentidos dominados por la torpeza del sopor.

Afortunadamente, Terry no había muerto aún. Y ése era mi único consuelo.

Pero la verdad era que Terry se estaba muriendo. O, para ser más exactos, *ella se estaba dejando morir.*

Pero ¿por qué...?

Yo, estúpido de mí, no lograba comprenderlo.

Aquella noche salí a alimentar las seis hogueras que rodeaban los refugios.

Tenía que hacerlo yo, puesto que los nativos —hombres y mujeres— habían adoptado una actitud indolente, de pasividad total.

Sentía un miedo profundo, misterioso, cerval.

Trataba de penetrar las sombras con mis ojos. Pero, más allá del resplandor de las hogueras, la oscuridad era total, y nada podía ver.

Me veía obligado a vigilar durante toda la noche, para lo cual había de entablar una tremenda lucha contra el sueño.

Aquella tarde se habían dejado oír unos extraños sonidos ululantes, que parecían provenir del promontorio salino elevado en el centro de la llanura salina.

No pude establecer el origen de aquellos sonidos, pero me llenó de intranquilidad el hecho de que los nativos se pusieran en pie, y comenzaran a gritar muy excitados, al tiempo que señalaban, con sus largos brazos, en dirección al promontorio, cuya parte superior recibía aún los últimos rayos del sol.

Estaba avivando con gran urgencia las hogueras, para volver cuanto antes al refugio Uno, cuando oí aquel rumor en la oscuridad.

Era impresionante.

"Se diría que... corresponde al rumor de unos pasos sobre los terrones de sal —pensé—. Los pasos de un monstruo."

Retrocedí unos pasos, y mi fusil láser se me fue de entre las manos.

Quise volver por el arma, pero el miedo me lo impidió.

Y entonces vi surgir las colosales siluetas, a la luz de las llamas.

Seis horrendos cuadrúmanos me rodeaban.

Yo aún recordaba la figura del anticuado King-Kong, pero los monstruos que tenía ante mí superaban, con mucho, el horror que podría producir aquel viejo mito cinematográfico.

Medirían de doce a dieciséis metros de altura, y en lo alto brillaban sus ojos animalescos, malignos.

Sus colmillos destellaban a la luz de las hogueras como alfanjes de blanco marfil.

Antes de retroceder y caer sobre la sal, horrorizado, vi unas figuras humanas entre las piernas de los ciclópeos gorilas.

Eran hombres.

Muy semejantes a Gurx y a los individuos de su tribu.

Uno de ellos lanzó un grito gutural, e inmediatamente una manaza peluda de dedos tan gruesos como mis muslos me atenazó y me elevó vertiginosamente en el aire.

A escasos metros de distancia, contemplé las pavorosas fauces del animal, y su aliento ardiente abrasó mi rostro.

El gorila me elevó aún más, muy cerca de sus colmillos de un metro de longitud.

Creía que iba a destrozarme entre sus dientes... Creí...

Pero entonces se oyó un grito poderoso.

— ¡Ajuali...!

Traté de girarme entre los gruesos dedos peludos del cuadrúmano, y vi a Gurx, que, desde la altura en que yo me encontraba, parecía un pigmeo.

— *¡Ajuali...!* —repitió con voz autoritaria.

Ante mi insuperable asombro, el gigantesco cuadrúmano descendió su mano izquierda, y me dejó sobre el suelo, sin producirme el menor daño.

Luego Gurx y el hombre greñudo que se encontraba entre las piernas del gorila, comenzaron a hablar a grandes gritos.

Gurx señalaba perentoriamente la astronave, los refugios y..., de cuando en cuando, a mí.

Corrí hacia él.

— ¡Gurx! ¿Qué ocurre? ¿Quiénes son ésos...? —grité.

Vino hacia mí. Movía la cabeza de un lado a otro, en un supremo esfuerzo por hacerse entender, se mesaba violentamente las barbas y, finalmente, farfulló:

—Ellos... *grauchs*... Al... Aliados de... de Gurx —y señalaba a los ciclópeos monos—. El... éste., ser... Hak, hermano de... mí.

Con gran esfuerzo, Gurx logró hacerme comprender que Hak —el vociferante salvaje de cabellos blancos— se había sentido alarmado por la tardanza de los expedicionarios al campo de sal y que, finalmente, había obtenido la ayuda de los *grauchs,* es decir, los gorilas gigantes, para atravesar la llanura durante la noche, y venir en auxilio de los hombres, mujeres y niños de la tribu.

Hak y los diez hombres que le habían acompañado en la peligrosa expedición, se habían asustado mucho cuando, al atardecer, divisaron a los nativos bajo el gran fuselaje de la nave *Adventure.*

También les había asustado las redondeadas cúpulas de los refugios, siluetas que habían confundido con las de monstruosos seres desconocidos.

Yo no me sentía muy seguro a las plantas de los enormes *grauchs,* que podrían aplastar fácilmente a un hombre en un movimiento involuntario, y rogué a Gurx que entrásemos en el refugio Uno e invitase, si quería, a seguirnos a su salvaje hermano Hak y al resto de sus hombres, que se protegían de la bajísima temperatura con pieles espesas que les cubrían por completo.

Uno de los hombres de la aldea de Yiram quedó montando guardia en el exterior, junto a los *grauchs,* los cuales obedecían rigurosamente cualquier indicación dictada a grito pelado por sus "aliados" de talla muy inferior, como eran los nativos de Yon-Itarx.

Dije a Gurx que ofreciera alimentos y agua a sus camaradas, y yo corrí en seguida al lado de Terry.

Advertí inmediatamente que la doctora Hayes se estaba muriendo. No era aquella larga agonía de casi una semana, no. La muerte estaba ya muy próxima.

Yo estaba seguro de que Terry no llegaría con vida a ver la luz del nuevo día.

De repente, rompí en entrecortados sollozos.

No tenía miedo a nada ya, ni siquiera a los monstruosos *grauchs.* No me importaba, siquiera, volver o no a la Tierra, morir o vivir.

Comprendía, de una forma diáfana, que todo lo que hubiera de ser de mí, a partir de aquel momento, dependería exclusivamente de que aquella mujer de color, Terry Hayes, muriera o viviera.

Sin ella, nada me interesaba ya.

¿La amaba?

—La quiero más que a mí mismo —murmuré en voz baja—. Sólo mi estúpido orgullo y mis locos prejuicios me han llevado a esta desquiciada situación. ¡Si yo pudiera…!

Toqué sus manos frías, con un ademán tembloroso, besé sus mejillas con desesperación…

Terry entreabrió pesadamente los párpados.

— ¡Amor mío…! —susurré—. Te necesito… ¡Tienes que vivir!

Sus labios se movieron dificultosamente.

— ¡John! —murmuró con torpeza—. Yo… yo también te quise con toda mi alma desde… aquella primera noche… En Tildrich.

— ¡Terry, Terry… ! ¡He sido tan loco y egoísta! Pero ahora…

Sus ojos iban perdiendo el brillo, poco a poco.

—Ya… es demasiado tarde, John. Sé que voy a morir. Mi corazón late con suma lentitud… El fin se acerca ya.

—Pero…, ¡no es posible! —grité, descompuesto—. Yo, sin ti, no seré nada. O, mejor, sí, seguiré siendo el estúpido John Watford, que tú has conocido hasta aquí. Me hundiré, me…

Terry alzó una mano temblorosa, y acarició mis cabellos rubios.

—Al fin… has encontrado el camino de la verdad, John. Te has encontrado a ti mismo…

— ¡No me importa el color de tu piel! ¡Tú eres mil veces mejor que yo! —clamé frenético.

Pero ella murmuró:

—Debes admitir mi muerte como algo irremediable…

— ¡No, no, no puedo resistirlo! ¡Lucharé, lucharé hasta el fin! Tiene que haber algún remedio —dije, cada vez más excitado—. Tú eres doctora en Medicina y Cirugía… Lo sabes todo. Ha de existir algún remedio, alguna medicina. Debes vivir, Terry, ¡tienes que

intentarlo! ¡Por favor, por favor, hazlo!

Me miró con infinita dulzura.

Pero se moría por momentos.

—Lo intentaría, John, puedes estar seguro. A pesar de que he peleado contigo, de que te he gritado verdaderas barbaridades y que incluso te he herido, lo intentaría todo ahora... Pero no hay remedio. Sé que voy a morir... muy pronto.

Me incorporé, enloquecido.

— ¡No, no, no! Si tú te rindes, yo lucharé hasta el final. Haré lo que sea, me arrastraré, suplicaré, rezaré, me humillaré... Pero ahora no puedo rendirme, ¿no lo comprendes?

Terry cerró los ojos.

Su ritmo cardíaco había descendido a menos de treinta pulsaciones por minuto.

CAPÍTULO XII

A partir de allí, desplegué una actividad desesperada e ininterrumpida.

Ascendí a la astronave, traje una tienda de oxígeno, consulté los libros de Medicina, revolví entre los específicos, buscando uno que, milagrosamente, fuera capaz de salvar la vida a Terry.

Corría locamente de un lugar a otro y, mientras tanto, mis labios no cesaban ni un solo segundo de murmurar oraciones. Volví de nuevo al refugio Uno.

Terry, inmóvil dentro de la tienda de oxígeno, apenas respiraba.

Le inyecté una solución cardio-estimulante, y sus pulsaciones se elevaron durante media hora, pero luego, el ritmo cardíaco volvió a decaer peligrosamente.

— ¡Dios mío, Dios mío! —murmuraba yo entre dientes—. ¡Se está muriendo, segundo a segundo!

Gurx, Hak y los otros hombres cuchicheaban entre sí y, de cuando en cuando, me dirigían largas y penetrantes miradas.

Al fin, Gurx se levantó y vino hacia mí.

Por primera vez, le miré fijamente a los ojos.

—Gurx, ella se muere —dije, señalando el cuerpo inmóvil de Terry. Y supliqué—: ¡Por favor, ayúdame! ¿Conoces..., conoces algún remedio?

Le vi alzar una mano con un gesto perentorio, y su hermano Hak, el hombre de la enhiesta cabellera canosa, se aproximó tímidamente.

—Hak... conocer... remedio —respondió Gurx.

Miré con desconfianza a aquel salvaje, de fiero aspecto. ¿Quién podría sospechar que aquel recio hombretón poseyese conocimientos de Medicina, aunque sólo fuese de forma rudimentaria y primitiva...?

De todas formas, no había opción, porque Terry estaba agonizando.

—Pídele que haga lo que pueda, te lo suplico —dije con humildad.

Por señas, Hak me indicó que debía retirar la tienda de oxígeno.

Ayudado por Gurx, puso a Terry boca abajo, y observó la herida contaminada.

Hak dejó escapar una especie de gruñido de asentimiento, y cambió con Gurx un vivo y gesticulante comentario.

Luego, desnudó la espalda de Terry, sacó un cuchillo de pedernal perfectamente afilado y, bruscamente, realizó una profunda incisión alrededor de la larga herida sin cicatrizar.

Cerré un momento los ojos, al ver brotar la roja sangre, y me aterré.

Aquello sólo conseguiría acelerar la muerte de la pobre Terry, tan débil que de ninguna forma podría resistir el dolor ni la intensa sangría.

Confieso que estuve a punto de lanzarme sobre Hak, con la intención de estrangularlo. Sin embargo, me impresionaban la seguridad y la rapidez con qué el hermano de Gurx realizaba todos sus movimientos.

Le vi sacar una bolsita de piel de su pecho y espolvorear un

producto fino y grisáceo sobre la incisión sangrante.

¡En pocos minutos, la hemorragia se cortó...!

Luego, los dos nativos volvieron a Terry a su posición normal, boca arriba.

Hak sacó de su bolsa la punta de un cuerno convertido en vasija, lo destapó, y aproximó a los labios de la enferma.

Hak no dudó en tapar la nariz de Terry para obligarla a ingerir unas gotas de aquel mejunje.

Yo contemplaba sus salvajes manipulaciones, entre admirado y colérico. Sin embargo, los labios de Terry se entreabrieron, y el líquido fue ingerido.

Hak volvió a cubrir a la enferma con sus ropas, y se alejó tranquilamente.

— ¿Qué? ¿Qué ha hecho, qué virtud tienen esos polvos, ese mejunje? —pregunté a Gurx, con gran ansiedad.

Tardé mucho en hacerme entender por él, y tuve que repetir mis preguntas, acompañándome de gestos mímicos.

Al fin, Gurx pareció comprender. Y respondió:

—Hak decir... Terry viva... mañana.

Y se fue a dormir, tan flemático como su hermano.

Por desgracia, yo no tenía tanta fe como los dos nativos, ni esperaba nada trascendental de las manipulaciones de Hak.

Corrí de nuevo la tienda de oxígeno sobre el lecho de Terry, y me senté en el suelo, junto a ella.

La vigilaba constantemente, con angustiosa ansiedad.

A veces, los ojos se me cerraban pesadamente —llevaba muchas noches sin dormir adecuadamente—, y me despertaba sobresaltado, miraba a Terry y la creía muerta.

— ¡Despierta, despierta, Terry, por el amor de Dios! —susurraba, desconsolado.

No se movía, pero todavía quedaba un hálito de vida en ella, pues, aunque muy débilmente, aún respiraba.

Fue la noche más larga de mi vida.

Tenía una de las manos de Terry entre las mías, y constantemente la acariciaba y murmuraba palabras de amor que ella, por desgracia, no podía escuchar.

En el exterior, los peludos y repugnantes *gozls* zumbaban alrededor de las hogueras.

Dentro del refugio Uno, los hombres, mujeres y niños dormían pesadamente, ajenos por completo a que, bajo el mismo techo, agonizaba la mujer que tan generosamente les había ofrecido su amistad, su ayuda y sus conocimientos.

Los únicos que velaban eran Gurx, Hak y sus compañeros llegados a primeras hora de la noche.

Permanecían sentados en círculo, y cuchicheaban constantemente en voz baja. Gurx era el que llevaba la voz cantante y, de vez en cuando, apoyaba sus palabras señalando en mi dirección.

Los otros le escuchaban religiosamente, como si estuvieran oyendo la historia más fascinante y maravillosa.

Por mi parte, sólo podía hacer una cosa: orar. Y eso fue lo que hice incansablemente durante toda la noche.

Pedía humildemente por la vida de aquella bella mujer de color, por la doctora Terry Hayes, que, a pesar de nuestras furibundas peleas y discusiones, jamás había dejado de amarme desde que me conociera, según su propia confesión.

Yo no había conocido mujer más bondadosa, comprensiva, esforzada y generosa que ella.

La necesitaba de forma vital, pero si rogaba por su vida era también porque yo quería tener la oportunidad de demostrarle que no todo en mi interior era orgullo, recelo y egoísmo.

Al fin, el sol asomó por encima de las terreras del borde oriental de la llanura.

Entonces, Terry se movió un poco.

Yo me puse en pie de un brinco, y la miré con gran ansiedad.

Sus labios se entreabrieron, y la oí murmurar:

— ¡A...gua!

Tomé inmediatamente una botella, y le permití que bebiese un poco.

El gozo me embargó. ¡Viva, Terry estaba viva!

Por desgracia, en seguida volvió a caer en la inconsciencia, y yo torné a dejarme embargar por los más negros presagios.

Los nativos comenzaron a rebullirse y, poco después, se alzaban de sus rudimentarios camastros y abandonaban el refugio.

Hak se aproximó al lecho de Terry, poco después. Con un gesto, me indicó que retirase la tienda de oxígeno, y examinó a la enferma.

—*Huu... Laixta* —gruñó y se fue.

Corrí a ver a Gurx, que mostraba orgulloso, sus cuatro carretas a los hombres de Hak.

—No... preocupar... —dijo, con torpeza—. Terry... Bien.

Volví al refugio, y tomé el pulso de Terry.

El ritmo cardíaco había aumentado, y la temperatura era casi normal, a pesar de que Terry continuase inmóvil.

Dos horas después, se removió y abrió los ojos.

Los dedos de su mano se movieron entre las mías.

— ¡Terry! —susurré—. ¡Terry, amor mío!

—Es... estoy... viva —pronunció.

— ¡Sí! —exclamé—. ¡Por ventura, estás viva! El milagro... se ha hecho realidad.

Besé sus manos, enloquecido, exultante de gozo y pleno de agradecimiento.

Me sentía agradecido a Gurx, a Hak, a todos los hombres y

mujeres de Yon-Itarx, a Terry, porque seguía viva, y con ello iluminaba mi vida.

Ella me acarició los cabellos levemente.

—Y, ahora, John Watford, dame un poco de agua —pidió.

Había terminado la larga noche de angustia.

CAPÍTULO XIII

Salí fuera del refugio Uno, y anuncié, a grandes gritos, que Terry estaba fuera de peligro.

Los rostros de los indígenas se animaron.

Yo busqué a Hak e, impulsivamente, tomé sus manos y le abracé.

— ¡Gracias, gracias, Hak! ¡Tú tenías razón, tú sabías lo que hacías! —exclamé.

Por supuesto, Hak no entendió una palabra de cuanto le dije. Pero me observó atentamente, y luego prorrumpió en grandes carcajadas, al tiempo que se golpeaba el pecho con salvaje contundencia.

Ya me disponía a ascender a la *Adventure,* cuando advertí la ausencia de los colosales gorilas gigantes.

Perplejo, me entrevisté con Gurx, y le hice comprender mi extrañeza.

Me explicó que los *grauchs* eran animales nocturnos y, en consecuencia, la fuerte luminosidad del sol llegaba a cegarles o a producirles graves lesiones ópticas, por lo cual los gorilas huían a los bosques poco antes del amanecer, y permanecían ocultos en lo más intrincado de la floresta hasta que volvía la noche.

Le pregunté por qué había llamado "aliados" a los *grauchs,* y me hizo entender su insólita relación con aquellos animales.

Los gorilas gigantes eran el bocado preferido por los mastodónticos animales carniceros de Yon-Itarx, que, de cuando en cuando, hacían incursiones de caza en los bosques que circundaban la aldea de Yiram, donde los *grauchs* tenían su cobijo.

Desde el elevado observatorio de sus cavernas de la montaña, Gurx y sus hombres disponían de un amplio campo de visión, por lo cual les era fácil avisar a los gorilas, por medio de sonidos ululantes, de la proximidad de los monstruos carniceros, lo que permitía a los *grauchs* ponerse a salvo con tiempo suficiente.

En definitiva, un acuerdo tácito entre hombres y animales. Gurx protegía a los gorilas, y éstos les servían de escolta, cuando tenían que emprender alguna expedición nocturna de cualquier índole.

Yo me sentía maravillado: Desde luego, Yon-Itarx era un mundo diferente, mágico, peligroso y sorprendente.

Los nativos tenían hambre, y ascendí a la astronave para proveerles de alimentos.

Hacia el mediodía, Terry, que había dormido profundamente, despertó y pidió que le diese algo de comer.

La atendí como a una niña, y ella sonrió levemente.

—Hay otra expresión en tu rostro, John. Pareces distinto —dijo.

—Lo soy —respondí, escuetamente.

— ¿Sabes una cosa, John? Empiezo a creer en Dios... Porque puedo sentir su influencia de forma palpable. Yo me he salvado cuando ya no tenía la menor esperanza y tú...

—Yo he comprendido que el egoísmo, el orgullo y la cobardía sólo llevan a la propia destrucción, querida Terry —reconocí.

Sus ojos fueron paulatinamente iluminándose con una luz nueva.

Cuando terminó de comer, le pedí que se diese la vuelta, y examiné su herida, que comenzaba a cicatrizar rápidamente.

Le expliqué que, en realidad, debía la vida a Hak, el hermano de Gurx, venido de la aldea de Yiram.

Terry se mostró muy interesada en conocer a Hak, por lo que salí al exterior e hice venir a Gurx y Hak.

Este demostró una gran sorpresa al comprobar que Terry le hablaba en su propio idioma.

Terry le preguntó, tras mostrarse agradecida y emocionada, cómo había sabido emplear el remedio adecuado.

—Gurx me dijo que tus heridas habían sido producidas por las garras de los pterosaurios —respondió Hak, en itarxita—.Nosotros hemos sido víctimas muchas veces de la voracidad de esos pajarracos de sus garras infectadas, porque entonces no conocíamos ningún remedio. Pero yo mismo, que fui elevado en el aire por un pterosaurio, y me libré de sus garras al herir sus patas con mi puñal, caí desde varios metros de altura sobre una planta cactácea a la que llamamos *gih.* El resultado fue que mis heridas cicatrizaron rápidamente, y en pocos días estuve sano y salvo.

—Es decir, que el *gih* posee virtudes curativas...

—Sí. A partir de aquel incidente, nosotros recogemos el jugo de *gih,* y luego lo desecamos al sol, obteniendo estos pequeños cristales grisáceos, que sirven para vencer a la infección —terminó Hak, muy satisfecho.

— ¡Admirable! —exclamó Terry—. Pero no sé cómo podré pagaros cuanto habéis hecho conmigo. Os debo la vida, y mi agradecimiento es infinito.

Gurx se puso en pie. En toda su estatura, era un ejemplar soberbio de hombre itarxita.

—Vosotros nos habéis enseñado y nos habéis regalado muchas cosas. Nunca podríamos estar en deuda —declaró, gesticulante—. Pero

si queréis, todavía podéis hacer algo por nosotros: acompañarnos a Yiram. Necesitamos la protección de Atxaihli —volvía a llamarme "dios"— con su rayo dorado.

Terry se volvió a mirarme.

—Responde tú, Atxaihli —dijo, con una pizca de ironía.

—Os escoltaremos hasta Yiram, en cuanto Terry se haya repuesto —prometí.

Gurx me demostró su amistad y su agradecimiento, con tan poderoso abrazo, que mis costillas llegaron a crujir.

Pero a mí no me importó. Por primera vez, comenzaba a considerar que aquellos hombres eran tan importantes como yo. Al menos...

* * *

Una mañana, Terry se alzó del lecho, y caminó con cuidado hasta salir fuera del refugio.

Dos días después, Hak, aprovechando la noche y escoltado por sus imponentes *grauchs,* emprendió el regreso a Yiram. Su objetivo era traer los *gilps* que, efectivamente, habían retornado a sus corrales del desfiladero.

Cuatro días después, retornaba al campamento, ahora acompañado por ocho lanudos y corpulentos búfalos.

Los nativos cargaron sus carretas de sal y conchas de escorpión, y al fin la expedición se puso en marcha.

Terry y yo viajábamos en uno de los "trans", a un costado de la caravana.

Los nativos reían y gozaban como bebés, al comprobar que los *gilps* arrastraban con paso ligero sus carretas dotadas de cuatro ruedas y cargadas hasta los topes.

—He llegado a tomarles afecto —susurró Terry, a mi lado.

Yo no hice ningún comentario. Pero, en el fondo de mi corazón, estaba latente el reconocimiento hacia aquellas primitivas criaturas.

Llegados junto al peligroso promontorio salino, Terry bajó del "trans" y recogió el otro vehículo, abandonado el día en que ella saliese del campamento, en auxilio de Gurx.

La marcha de las carretas era inevitablemente lenta, y el viaje se dilató hasta el atardecer

Para Gurx y los suyos, aquello era más un regreso triunfal que un simple viaje.

Para Gurx y los suyos, aquello era más que eso.

Ahora poseían conocimientos nuevos, que emplearían en el transporte, en la lucha contra la descomunal fauna de Yon-Itarx, en la defensa de su aldea, en la obtención de alimentos...

Si lo que Terry y yo le habíamos enseñado iba a valerles para conseguir una existencia menos insegura y azarosa, nuestro objetivo estaría cumplido.

Al fin, nos encontramos bajo la imponente mole de un macizo pétreo de unos cinco mil metros de altura.

En el desfiladero, podía verse un rebaño compuesto por unos doscientos *gilps,* encerrados bajo una elevada y resistente red de lianas.

Cuando la comitiva se detuvo, Gurx, que dirigía la primera carreta, se puso en pie, y lanzó un alarido ululante, que perforó mis oídos.

Inmediatamente, desde las alturas, fueron lanzadas largas y gruesa escalas, fabricadas con troncos y fibras vegetales trenzadas con crines de *gilp.*

Asombrado, alcé los ojos y contemplé la sucesión de terrazas rocosas que se elevaban ciento cincuenta metros por encima del suelo. Yiram no era un poblado normal, sino una auténtica e inaccesible fortaleza.

Gurx, entonces, nos miró fijamente a Terry y a mí, que habíamos bajado de los "trans".

—Debemos volver, Gurx —dije, con voz ronca—. Aún tenemos tiempo de regresar en nuestros vehículos al campamento.

Gurx bajó de un salto, y se aproximó despacio a nosotros.

—Hasta el último momento, abrigué la esperanza de que os quedarais con nosotros. De todas formas, comprendo que debáis regresar. Siempre os recordaremos con gran amistad —dijo, visiblemente emocionado.

Temí que fuera a aplastar mis costillas de nuevo en uno de sus "efusivos" abrazos, pero se limitó a oprimir mis manos, en un ademán cordial. Y lo mismo hizo con Terry.

Fue un momento de intensa emoción. Todos permanecían en silencio.

Luego, Terry subió a un "trans" y yo a otro. Un nudo se me formó en la garganta..., pero puse el vehículo en marcha, y Terry hizo otro tanto.

Detrás de nosotros resonó un fuerte griterío, que repitió el eco de las montañas.

— ¡Atxaihli, Atxaihli! —gritaban los indígenas, enardecidos.

Al fin, los elevados picachos fueron quedando atrás. El sol se aproximaba ya a la línea del horizonte.

Las sombras de la noche caían sobre la dilatada llanura salina, cuando alcanzamos el campamento.

Nos encontramos junto a los refugios. Terry corrió hacia mí, y yo hacia ella, y nos abrazamos prietamente y nos besamos hasta perder el aliento.

Luego, dirigimos una ojeada al desierto campamento.

— ¿Sabes? —exclamó Terry, nostálgica—. Todo esto parece muy triste, sin ellos.

l— ¿Preferirías quedarte en Yon-Itarx hasta el fin de tus días? —preguntó, un tanto celoso.

Pero ella sonrió encantadoramente.

—No. Debemos intentar el despegue. Nuestro lugar está en la

Tierra —respondió.

Subimos los "trans" a bordo, y yo comprobé la marcha correcta de los sistemas eléctricos.

Tres horas después, en plena noche itarxita, llegó el gran momento.

Íbamos a iniciar la aventura a cara o cruz, pero, de alguna forma, yo confiaba en la protección del cinturón magnético de Yon-Itarx.

Finalmente, puse en acción los retrocohetes inferiores. Terry me dirigió una mirada plena de confianza.

La *Adventure* vibró y luego... se despegó de la superficie de Yon-Itarx, y hendió la atmósfera como un relámpago.

Tuve que forzar los reactores hasta alcanzar la faja magnética. Luego, la astronave se estabilizó, y la velocidad aumentó ostensiblemente.

Habíamos descubierto que sólo sería posible aterrizar o despegar en Yon-Itarx penetrando a través del cinturón magnético ecuatorial, que algún tiempo después recibiría el nombre científico de Cinturón de Watford-Hayes.

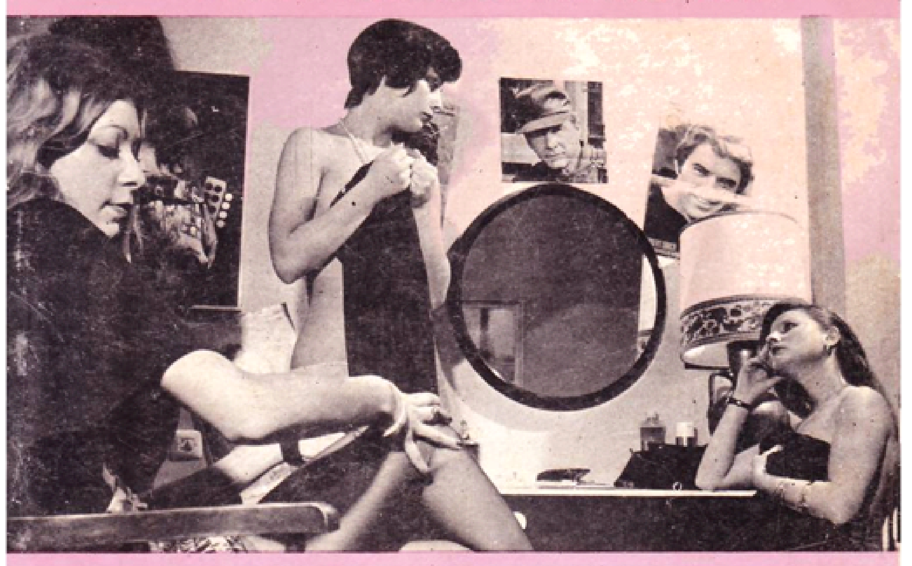
El resto del viaje estaba por delante, y Terry y yo íbamos a abordarlo con confianza y serenidad.

Pero ya no teníamos la sensación de que viajábamos a bordo de un cementerio volante.

F I N

¡LORENA

ES UN ÁNGEL QUE SE PASEA POR EL FANGO DE LA VIDA, TRATANDO DE NO MANCHARSE CON ÉL! ¡AUNQUE TODOS QUIERAN HUNDIRLA EN EL OPROBIO Y LA DESHONRA MAS ABYECTA!



¿RESISTIRÁ TANTAS ASECHANZAS?

LEA ESTE APASIONANTE RELATO DE CORÍN TELLADO QUE EDITORIAL BRUGUERA PUBLICA SEMANALMENTE, CON MULTITUD DE FOTOGRAMAS,

Y ESCUCHE SU VERSION RADIOFÓNICA, POR CUALQUIERA DE LAS 65 EMISORAS DE LA REM-CAR Y CES, A LA HORA DEL SERIAL.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.